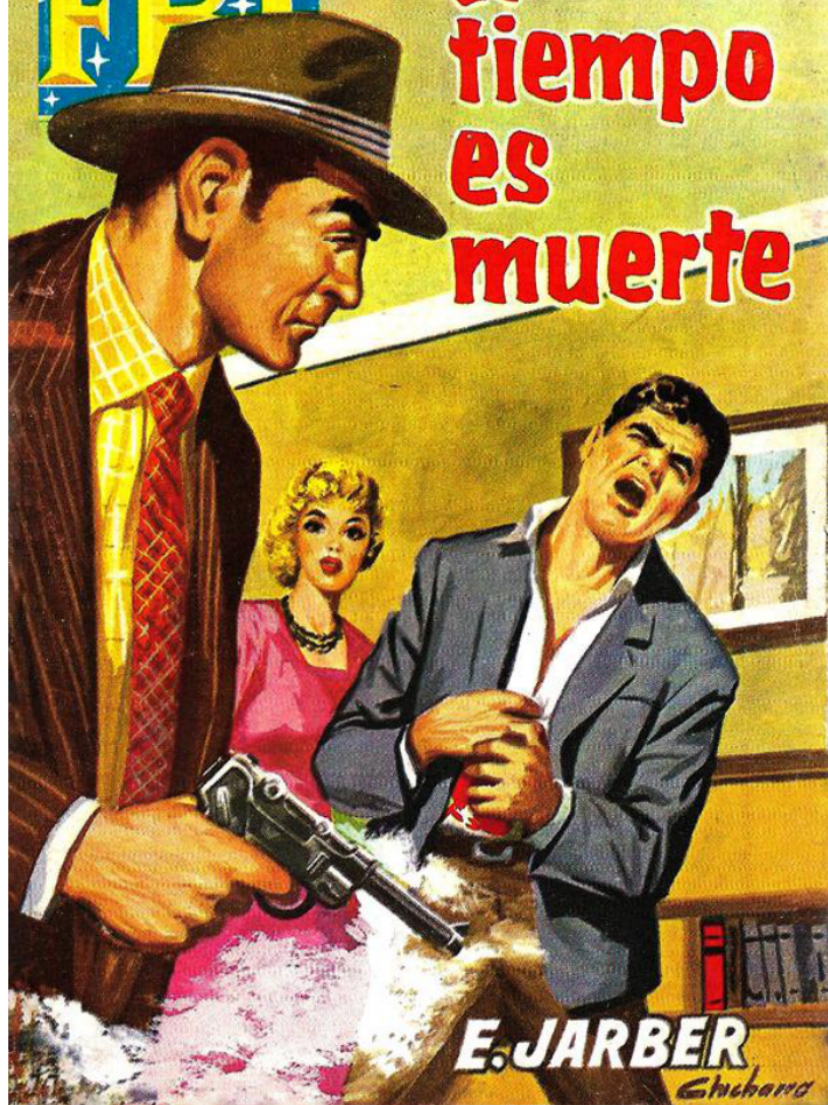


FPI

El tiempo es muerte



E. JARBER

Gutierrez

E. JARBER

EL TIEMPO ES MUERTE



Título del original, en inglés
TIME IS DEATH

© EDITORIAL ROLLAN. Madrid, 1960
DERECHOS RESERVADOS
PRINTED IN SPAIN



EDIFICIO ESPAÑA.—MADRID

Núm. Rgto.: 6576—60.
Depósito Legal. M. 3328—1961.

GRAF. IBARRONDO - Sánchez Balderas, 19 - Tel. 2464413 Madrid

I

—G EDEON Paskiewitz Fabrici —Ged para todo el mundo— se dejó caer suspirando en un amplísimo butacón. Paseó su mirada por el lujoso despacho, y terminó fijándola en Robert Cummings, abogado y procurador, hombre bastante calvo, de rostro delgado y abdomen saliente. Robert Cummings apoyó los codos en los brazos de un sillón, juntó las yemas de los dedos de una mano con las de la otra, y empezó la conversación con sus ademanes y voz sinuosos:

—Le he llamado para darle una mala noticia, Ged.

—¡Oh! Me lo imagino —replicó el joven, encendiendo con desenvoltura un cigarrillo—. Eso es una especialidad suya, Cummings...

En efecto. Últimamente, todos los disgustos le habían provenido del abogado Cummings. Incluso el que le hubieran echado del F. B. I.

Recordaba muy bien Ged aquel maldito enredo en que se había metido por culpa de mi desconsiderado cadáver gordo, más gordo aún que Robert Cummings. Un cadáver producido en medio de un sucio asunto de malversación, en el cual Gedeon Paskiewitz Fabrici no pudo averiguar nada, ni recuperar el dinero del gobierno federal, ni descubrir al individuo que había producido el cadáver grasiento.

Aquel embrollo económico con asesinato lo había denunciado Cummings, por haberlo descubierto en el curso de una de sus actuaciones profesionales y porque el muerto era su hermano Clark. El

F. B. I.,

encargó del caso a Ged, y éste, sin saber cómo, dejándose llevar por sus métodos violentos, había caído en una trampa tendida por una mano invisible. Gedeon Paskiewitz, se encontró acusado de

contravenir la Ley, de malos tratos a personas inocentes, de allanamientos de morada, incluso de posible interés en no resolver el caso, y aún de embrollarlo. Aquello había ocurrido medio año antes.

El

F. B. I.,

se consideró en ridículo. Ged quedó en evidencia y pagó los fracasos de todos. Nadie le ayudó. Sólo Robert Cummings le defendió cuanto pudo, impidiéndole que fuese a parar a la cárcel. Cummings estaba seguro de que el

F. B. I.,

tenía razón contra Ged, pero éste le había salvado la vida durante el desarrollo de aquel viejo asunto, y procuraba protegerle.

—Lo siento, Ged.

—¡Bah! No se preocupe. Las malas noticias y las chicas guapas forman parte inseparable de mi existencia...

—Me temo que sólo pueda ofrecerle la mala noticia. No hay chica guapa en ello...

—Aparecerá. No lo dude.

—Me alegra que lo tome así. Yo...

—No sea fúnebre, Cummings. Tengo veintisiete años. La juventud nunca es pesimista, ¿no? Mire: De mi padre heredé la estatura, la fortaleza física y la confianza en sí mismo, y el apellido polaco. De mi madre, el color moreno de la piel, este hermoso cabello negro, completa desconfianza de mis semejantes, un fatalismo consolador y el apellido italiano. Con todo este capital, no tengo miedo a nada, porque nada será peor que el pretérito. Yo en espíritu, sigo siendo agente del

F. B. I.

Continúo investigando en aquel caso, y un día u otro descubriré la verdad. Volveré a mi puesto con todos los honores y hasta puede que con un ascenso. Y me las pagará el tipo que me enredó. Adelante con sus malas noticias, Cummings.

Cruzó las piernas y se recostó en el asiento. Reían sus penetrantes ojos negros. El abogado carraspeó antes de decir:

—Sigo sin hallar nada para usted. Le debo la vida, Ged, y hubiera querido... En fin, Ged. Usted quiere actuar como detective privado, ¿no?

—¡Oh! Yo quiero cualquier cosa que me proporcione dinero para continuar buscando el que organizó todo aquel embrollo. No puedo resignarme a que haya sido más listo que yo. Además, esta maldita costumbre de comer...

—Tengo un pequeño asunto que ofrecerle. Poca cosa. Se puede ganar cien dólares.

—¿Cien dólares? —repitió irónico Ged—. ¡Bravo!

—Una cliente mía, viuda, quiere dar una fiesta de disfraces en su casa. Habrá una multitud de gente adinerada... Estará obligado el antifaz, hasta casi el final...

—Comprendo —interrumpió Ged—. Muchas joyas, brazaletes, collares sobre atrevidos escotes. Y alguien puede sentirse más atraído por las joyas que por los encantos femeninos. Su cliente necesita vigilantes mezclados con los imitados. ¿No es eso?

—Algo así. Asistir y tener los ojos abiertos. Le proporcionaré el disfraz y le pagarán cien dólares. Mi cliente es una mujer de muy buena posición.

—De acuerdo, Cummings. ¿Quién es la dama de las ideas fastuosas?

—La señora Gates. Florence Gates. Viuda.

—¿Viuda joven? —preguntó Ged, con sonrisa picaresca.

—Joven y bella, Ged.

—¿Lo ve? Ya salió la chica guapa. Me lo estaba temiendo desde que empezó usted hablándome de malas noticias.

—¿Temiendo? —sonrió Cummings alzando una ceja.

—Naturalmente. Una chica «bombón» es peor que una mala noticia. Bien. Deme la dirección. Iré a verla.

—No hace falta. Se entenderá usted con su secretaria. Y esta misma tarde, porque es mañana la fiesta.

Ged estaba impresionante con su disfraz de mariscal Ney. Porque aquel baile de trajes había de evocar, en todo, a la corte napoleónica. La secretaria de Florence Gates le proporcionó una invitación y una tarjeta para que le alquilasen un traje de guardarropía.

Ahora, ante el espejo del dormitorio, Ged se contemplaba entusiasmado. El uniforme de mariscal del Emperador, era una sensacional obra maestra de telas, encajes y bordados en oro. El joven gesticuló melodramáticamente, y aún se sintió más satisfecho.

Bien. Si fracasaba como detective privado, quizá podría intentar el cine...

Sonó el teléfono.

Ged tomó el auricular y oyó la armoniosa voz de Gay Sheridam, la secretaria de Florence Gates. Ged se estremeció al recordarla. Gay Sheridam era una serpiente. En todo momento parecía una ondulante cobra cimbreado a los acordes de un flautista indio. ¿O una pantera? Serpiente o pantera, pero una mujer fuera de serie.

Incluyendo el pelo rojo y alborotado, incluyendo la cara delgada, de pómulos salientes, de labios sensuales, burlones y carnosos, de ojos alargados hacia las sienes, estrechos, con frías y penetrantes pupilas verdes, enmarcados por unas finas cejas oscuras, de cierta curvatura oriental... ¿Qué tendría? ¿Veinticinco años? Sí, en su cuerpo. En su espíritu, mil años de sabiduría diabólica. Y ella se daba cuenta de todo esto.

Ged se estremeció de nuevo, cuando Gay insistió al no recibir respuesta. La voz era, ciertamente, armoniosa. Sí. Pero con un extraño tono helado.

—¿Ged? ¿No me oye?

—Claro, preciosa. Sólo que me estaba recreando en recordarla.

—¿Y me recuerda ya?

—¡Uf! Más de lo que imagina.

—¿Cuánto?

Aquella mujer no coqueteaba. Era un simple diálogo. Ella lo seguía con la misma naturalidad que si estuviera hablando del tiempo.

—Pues la recuerdo como si la tuviese a mi lado.

—Escuche, Ged —replicó ella imperturbable—. Baje. Estoy en la acera de enfrente. Cafetería «Kux». Tengo que darle más instrucciones. Almuerzo mientras le espero. Dese prisa, ¿quiere?

—¿Almorzar? Encantado.

Colgó y se quitó el disfraz. Unos minutos después, cruzaba la calle, ajustándose aún el nudo de la corbata. Gay Sheridam estaba en un rincón apartado, al fondo de la amplia sala. Tom ocupó un asiento a la misma mesa, pero no enfrente, sino en el lado contiguo a la joven. Ella no contestó al saludo. Se limitó a reír de un modo extrañamente peculiar.

—¿Tendrá usted muchos incidentes, no, Gay? —preguntó él.

Siguiendo su costumbre, Ged había empezado a tratarla sin protocolos desde el primer momento. Ella había aceptado la llaneza, de un modo totalmente natural, sin confianzas pero sin reservas. Como si no le importara. Preguntó ahora.

—¿Por qué, Ged?

—Por esa forma de sonreír. Es como si dijera: «Caballero, pierda usted los estribos».

—Hablemos de otra cosa. Por ejemplo, de su almuerzo. Pida algo.

Se acercaba una camarera graciosa y rubia, a pasos menudos y saltarines. Ged le envolvió en una sonrisa desintegradora y pidió unos emparedados, tarta y café.

—Bueno, Gay —dijo luego—. Tengo un traje de mariscal que es una maravilla. La compadezco a usted cuando me vea con él puesto. Será la primera vez que se suicide usted por amor.

—Habrán otros muchos con traje de mariscal —dijo Gay—. Y con las mismas presunciones que usted. En fin, yo ya he terminado y tengo que irme. Escuche. La señora Gates quiere que la lleve usted esta noche a la fiesta, con su coche.

—¿Con mi coche? Oye, nena. Vamos a ser un poco más amigos tú y yo, porque tengo que confesarte algo. No tengo coche.

—Bien, Ged, no te preocupes —replicó ella sin alterarse—. Alquila uno. Que sea grande y con maletero atrás. Tendremos que ir en él la señora Gates, tú y yo. Y llevar algunos bultos. Cosas de ella y mías.

—¿Tampoco tiene coche la señora Gates? —preguntó Ged. Y chasqueando la lengua, añadió—. Pobrecita. Somos dos almas gemelas.

—Tiene coche la señora Gates, pero lo enviará vacío. La señora Gates ha de llevar sus joyas y prefiere ir en un automóvil que pueda pasar inadvertido, que nadie suponga que ella va en él.

—¡Oye, nena! ¿Es que hay que atravesar las selvas para ir a esa finca de la Gates? ¿Dónde diablos está?

—No muy lejos. Subiendo por la carretera principal, hacia el Sur... ¿La conoces?

—¡Mucho! —rió Ged, enfático—. Tengo propiedades por allí...

—Bien. Yo te indicaré el camino. Tú alquila un buen coche y procura estar a las seis y media ante el domicilio de la señora Gates,

en San Francisco. Desde allí, iréis a recogerme a mi apartamento. Y luego iremos a la casa donde se da la fiesta. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Ella dejó sobre la mesa un papelito y un sobre, explicando.

—Ahí tienes dinero para los gastos que se te vayan presentando. Y las direcciones de la señora Gates y mías. Ya puedes empezar a gastar dinero. Por ejemplo, este almuerzo. Nos invita Florence Gates. Sé generoso y da una buena propina a esa camarerita tan mona. Las mujeres no nos conformamos con sonrisas, Ged, aunque sean tuyas.

A las seis, volvió a contemplarse ante el espejo, ya definitivamente vestido con el traje para asistir a la fiesta. De nuevo sonó el teléfono. Cogió el auricular y se lo llevó al rostro, diciendo:

—¡Hola, Gay! No te impacientes. Ahora mismo salgo.

—¿Gay? ¿Quién es Gay? —exclamó al teléfono la enfurruñada voz de Corinne.

Ged se sobresaltó. Soltó una risita y empezó a decir muy de prisa.

—¡Hola, cariño! ¡Si me vieras! Estoy para comerme. Soy el mariscal Ney. Dentro de una hora me entrevistaré con Napoleón. ¡Ah! También estará la emperatriz Josefina. Y la condesa Walewska. Bueno, probablemente habrá varias, que irán aumentando a medida que vayamos consumiendo licores.

—Un momento, Ged... Porque eres Ged, ¿verdad? No estoy hablando con el manicomio... Es tu apartamento, ¿no?

—Claro que sí, nena. Mi hermoso apartamento. Mañana te llamaré para que me ayudes en la mudanza. Los indeseables sin empleo no podemos pagar apartamentos como éste...

—Oye, Ged. Si no hablo con el manicomio, al menos estoy segura de que lo hago con un loco. No entiendo nada. Pero yo quiero saber si es que te has olvidado de mí.

—Los negocios, encanto. Los negocios, que van mal...

—¿Cenamos juntos esta noche?

—Ya te he dicho que me espera Napoleón. ¿No lo has entendido? ¿Qué le ocurre a tu cerebro electrónico? ¡Oh! Recuerdo que te prometí casarnos este mes. ¿Qué tal andas de dinero? Como siempre, lo justo, ¿no? Pues hay que aplazar la boda. Me he quedado sin empleo. Mañana te lo explicaré. Ahora, por mi cuenta,

ganaré millones. En cuanto los tenga, nos casaremos. ¿Estás contenta? Ya ves que me desvivo por ti. Acuéstate pronto y duerme tranquila. Adiós, cariño. Y gracias por tu llamada.

Colgó ante de que las airadas protestas de Corinne pusieran al rojo la línea telefónica. Y, previendo una repetición de la llamada, cogió el antifaz y salió del apartamento.

Fue la asombrada admiración del conserje y de algunos transeúntes que le vieron entrar apresuradamente en un Buick grande, algo anticuado, pero reluciente. Ged lo puso en marcha y se dirigió al domicilio de Florence Gates.

Era un chalet de dos pisos, de magnífico y lujoso aspecto, con un jardín ante la fachada principal, situado en un barrio residencial, tranquilo y poco iluminado. Se había ya hecho completamente de noche cuando el Buick conducido por Ged recorrió la corta avenida hasta la entrada del edificio. Dejó allí el coche y oprimió el timbre de la puerta. Hubo de repetir varias veces la llamada, que sonaba muy lejos, en el interior de la casa. Al fin, salió una anciana delgada, erguida, menuda y sorda. No se asombró ante el traje del joven.

—¿La señora Gates? —preguntó Ged, junto a la mano que la mujer se ponía al oído, a guisa de trompetilla.

—Arriba. Pase usted y espérela. ¿El señor Ged, no es eso? —dijo la anciana, con chillona voz—. Ha dicho la señora que aguarde. Bajaré en seguida.

Le pasó a un gabinete, le ofreció asiento y desapareció. Ged se acomodó en un sillón y esperó, fumando un cigarrillo. Cinco minutos después, impaciente, cambió de postura y se sentó en el brazo del mueble. Encendió otro cigarrillo. Había llegado antes de las seis y media, pero ya eran las siete menos veinte.

Vio un timbre junto al interruptor de la luz, y lo oprimió. Indudablemente, sonaba en las habitaciones de servicio. Aparte de aquel timbrazo, ningún otro ruido se oía en la casa. Un absoluto silencio. Ged insistió con el timbre, hasta que apareció de nuevo la anciana, con su mano en prolongación de la oreja.

—¡Es tarde! —le gritó Ged, con la esperanza de que su voz se oyese en el piso de arriba—. Haga el favor de subir y recordar a la señora que hemos de estar a las siete en Gates' Manor.

Asintió la mujer y subió las escaleras. Bajó en seguida y explicó, impertérrita:

—No está. Se ha ido. Tampoco está su traje...

—Claro. Si se ha ido, se habrá puesto el traje. Impertinencias de la moral... ¿Dónde hay un teléfono?

Ged llamó al apartamento de Gay Sheridam. Ella misma se puso al aparato.

—Oye, Gay. ¿Qué pasa con la jefe? Me canso de esperarla y resulta que no está en casa. Se ha ido, por lo visto, antes de que yo viniera.

—Bien, Ged. No te preocupes. Habrá cambiado de idea y se habrá marchado por fin en su propio coche. Ven a recogerme. De prisa, que ya es tarde.

Ged colgó el auricular, recogió su gran sombrero de mariscal del imperio, se alisó la peluca, dio un beso y una palmadita en la mejilla de la asombrada sirvienta y salió. Un instante después, el Buick arrancaba velozmente, para detenerse ante un bloque de apartamentos que había en la línea del barrio residencial.

Gay Sheridam estaba en la puerta, vestida con un impresionante traje de la época. Sin duda quería representar a *madame* Recamier. El peinado era complicado. Colgando de una mano, llevaba un antifaz negro.

No dio tiempo a que Ged se apeara. Abrió la portezuela y se instaló junto a él.

—¿Nos vamos? —preguntó el joven.

—Sí. Y lo más de prisa posible. Ya estarán llegando los primeros invitados.

—¿Y Florence Gates? ¿Por qué no llamamos para ver si está ya en Gates' Manor?

—Sería inútil. Va disfrazada y no quiere qué la reconozcan hasta que no llegue el momento de quitarse los antifaces.

—Dijiste que alquilase un coche grande, para llevar no sé qué cosas...

—Ya no hace, falta. Vamos de prisa.

El Buick se puso en marcha. La noche no estaba ni fría ni calurosa. El tiempo era, sin duda, un aliado de la señora Gates. Poco a poco fueron quedando atrás las calles iluminadas, los barrios

extremos y silenciosos. Ya en plena carretera, Ged advirtió que pasaban por las inmediaciones de su lamentable chalet, al que sin duda se vería obligado a volver, si quería tener un techo sobre su cabeza.

—Toma un camino asfaltado que hay a la derecha —dijo Gay—. Y síguelo hasta el final.

—¿Sabes? —repuso él, riendo—. Siento la tentación de raptarte...

—Otro día, Ged. Hoy tenemos mucho que hacer. Procura mirar adelante, ¿quieres?

Suspiró y siguió conduciendo en silencio.

Gates' Manor

estaba en una suave loma junto al mar. Su proximidad se anunció por una isla de luz en medio de la oscuridad.

Era un verdadero palacio. Una antigua mansión de la época de la colonización española. Al llegar a la verja que limitaba la propiedad, Ged miró de reojo a Gay. La expresión de la mujer había cambiado notablemente. Su rostro tenía una impasibilidad metálica. Los labios formaban una dura línea roja. Y en sus pupilas verdes había, un brillo acerado.

Ged volvió a estremecerse. ¿Por qué? Se sintió inquieto. De repente, comprendió que aquel estremecimiento no tenía su origen en la belleza de aquella mujer. Era simplemente un presentimiento. ¿De qué?

De algo amenazador, sin duda. De un peligro que flotaba en el ambiente. El joven se alertó automáticamente. Su instinto no podía equivocarse. En todo aquello había detalles extraños que empezaban a no gustarle. Tal vez hubiera debido hallar un medio para que le acompañase Corinne, su cerebro electrónico. Intuyó que la necesitaba.

II

EL edificio de

Gates' Manor

estaba constituido por dos extensísimas plantas, rodeadas por jardines versallescos. ¿Versallescos? Naturalmente. ¿Acaso no se trataba de una fiesta en ambiente de la corte napoleónica? El escenario era adecuado.

Brotaba luz por las ventanas frontales de la planta baja. Brillaban las copas de los árboles, entre cuyas ramas se habían instalado bombillas de colores. Pero la iluminación era el único detalle moderno. Todo lo demás producía una perfecta sensación de un trasplante cronológico. Todo: Muebles, adornos, criados, músicos, invitados.

Gay se había puesto el antifaz. El coche atravesó una gran puerta enrejada, recorrió una amplia avenida entré árboles y altos setos, y se detuvo ante un porche monumental, con acceso de lustrados escalones. Gay salió, subió al porche y se adentró en la casa.

Ged llevó el automóvil al lugar de aparcamiento que le indicó un imponente criado de lujosa librea; se puso el antifaz y se apeó. El criado le recogió la invitación, después de confrontarla con una lista que llevaba en un rollo de pergamino.

Había ya bastantes invitados. Ged tuvo en seguida dos nuevas tristes ideas: Con lo que aquello iba a costar, había para sufragar toda la existencia de un hombre aficionado a ser centenario. Y la extensión de jardines y salones, con un gran número de invitados, suponía la casi seguridad de que su vigilancia sería ineficaz.

Por lo tanto, Ged decidió no preocuparse mucho de su misión y divertirse. Recorrió la parte iluminada de los jardines y se inquietó

ante la oscuridad del resto.

Los salones eran dos. Ambos muy grandes, pero uno doble que el otro. En el mayor había un largo mostrador a lo largo de dos paredes en ángulo, sobre el cual estaban preparados centenares de platos, cubiertos, vasos y copas, aún vacíos.

Tras el mostrador, unos camareros con atavío de siglo y medio atrás, aguardaban el momento de servir manjares, vinos y licores que aún no estaban a la vista. En el más pequeño de los salones había un minucioso estrado y unos músicos que empezaban a tocar bailables de la época. La música era perfectamente audible desde el otro salón y desde los jardines, a través de las ventanas abiertas.

Ged fue recorriendo con la mirada los grupos que se iban formando. Había otros muchos mariscales, grandes damas, reyes, princesas, varios Napoleones, un par de Fouchés, tres Luises XVIII, artistas y nobles de la época. Joyas. Muchas joyas, todas ellas valiosas. Una inmensa fortuna en brazaletes, colgantes, broches, collares, diademas, pendientes...

Joyas, muchas joyas. Ged torció el gesto. Demasiada tentación para los ladrones de guante blanco. Y demasiado para un solo vigilante. En cambio, las bellas mujeres constituían un número más reducido. Por ejemplo, aquella rubia que se hallaba junto a un ventanal, apoyada en el marco, mirando al exterior. Parecía preocupada. Tal vez esperaba la llegada de alguien.

Lástima que el antifaz le cubriese el rostro. Pero resultaba un hermoso espectáculo con el vestido de emperatriz Josefina. La cara estaba casi por completo oculta. Sin embargo, se veían sus ojos, alargados, grises, de expresión concentrada en algún problema interior. Llevaba una peluca rubia dorada. ¿Serían sus cabellos del mismo color?

Un hombre de mediana edad, con un traje del que brotaban encajes blancos por todas partes, con un antifaz que le cubría desde las cejas hasta la punta de la nariz, dejando al descubierto un negro bigotito perfilado y unos labios sensuales, que dibujaban una sonrisa antipática, se acercó a la mujer rubia y le dijo unas palabras al oído. Ella se irguió indignada y replicó algo indudablemente duro. Ged estaba ya dispuesto a intervenir, pero el hombre se alejó, riendo cínicamente.

En el interminable mostrador empezaron a servirse aperitivos.

Aquella primera demostración de hospitalidad no parecía muy generosa. Los camareros sacaban prudentemente algunas botellas del otro lado de la larga mesa y distribuían bebidas de acuerdo con la época. Pero sólo a quienes se acercaban a pedir las. No obstante, los grupos se iban animando.

Advirtió Ged que el servicio de criados no era mucho. Un par de hombres en la recepción del jardín, un guardacoches, otro par de individuos con casacas en los salones, un mayordomo, los camareros... Sólo había media docena de músicos. Parecía como si la generosidad de la anfitriona estuviese muy por debajo de la fastuosidad del escenario y de la lujosa exhibición de los invitados.

A Ged le chocaron desde el primer momento unas damas, como media docena, vestidas con trajes que desentonaban del ambiente. Llevaban miriñaques; los vestidos les llegaban hasta el cuello y los manguitos les cubrían los antebrazos y las manos, dejando al descubierto los dedos de uñas manicuradas, que jugueteaban con grandes abanicos de plumas. Y sus caretas les ocultaban los rostros casi por completo. Las pelucas eran de complicados peinados y todas ellas plateadas.

El hombre del bigotito se multiplicaba en todas partes. Ged lo encontraba continuamente y siempre molestando a las mujeres. El joven intuía que, cuando aquel hombre bebiese un poco más, sería necesario darle un buen golpe y, anestesiado, encerrarle a dormir en cualquier gabinete. ¿Y la rubia sensacional? Ya no estaba en la ventana. ¿Y la pelirroja Gay Sheridam? ¿Dónde se habían metido las dos mujeres que Ged había elegido para sus ejercicios donjuanescos de aquella noche?

El individuo de los encajes se detuvo ante Ged, con un vaso en la mano. Parecía ya un poquito achispado.

—¿Qué, no se divierte? —preguntó, con voz pastosa—. Siempre lo veo solo y pensativo, mariscal... ¡Baile, hombre, baile! Esto está lleno de mujeres guapas... Yo no sé qué esperan para sacar comestibles. A este paso, estaremos todos borrachos antes de la cena.

—A usted ya le falta poco, ¿eh?

—¡Je, je! No pierdo tiempo. Pero ¿cuándo nos darán de comer? No creo que falte nadie... Hace un rato que ya no vienen coches.

—Tal vez no haya venido la señora Gates... —insinuó Ged—.

¿La ha visto usted por ahí?

—¿Yo? ¿Y quién sabe cuál es? —rió el hombre de los encajes—. Todas llevan esos malditos antifaces... ¡Hombre! Me ha dado una idea. Voy a ver si consigo destapar alguna cara. Será una bonita diversión...

—¡Eh! ¡No haga eso! ¡Está prohibido! —protestó Ged.

Pero el hombre se alejaba ya, con pasos cautelosos, buscando a su primera víctima. Una de las damas con miriñaque pasó ante Ged, y el joven la siguió con la vista. Afortunadamente para él, puesto que la dama fue a detenerse junto a la estupenda rubia que desde hacía rato se había perdido.

El sentido de peligro se acentuó en Ged. Aquellas dos mujeres fingían no conocerse, pero estaban hablando disimuladamente. Sólo unas rápidas frases cambiadas apresuradamente. Ged se acercó a la rubia y propuso:

—¿Bailamos, nena?

La mujer le miró con un matiz iracundo en sus pupilas grises y replicó, con voz armoniosa pero en duro tono:

—Más vale que siga vigilando, Ged. Sobre todo a los tipos molestos, como ese que hablaba con usted.

—¡Diablo! —exclamó Ged—. Comprendo, bombón. Usted es la dueña...

Ella le volvió la espalda. Ged se encogió de hombros y se dirigió a la cercana dama del miriñaque:

—¿Bailamos, anacrónica?

La dama del miriñaque pareció aturdida un momento, pero luego pareció sonreír bajo la máscara. Y aceptó con un movimiento de cabeza.

Se enlazaron. Ged la encontró pesada. El joven se sintió incómodo. La mano de la mujer, en un giro de danza, oprimió la de Ged con una inesperada fuerza. Ged simuló un traspiés y se cogió al brazo de su pareja... Halló una atlética musculatura.

Ya no le cupo duda de que estaba bailando con un hombre. Pero dominó la sorpresa y el desagrado.

Cesó en aquel momento la música y Ged respiró aliviado. Se apartó con una versallesca reverencia. Alejóse, sudando, y meditó. ¿Por qué un hombre disfrazado de mujer? ¿Serían iguales todas aquellas damas de los trajes pudorosos y de los miriñaques? Buscó a

su alrededor con la mirada.

Gay Sheridan seguía sin aparecer. Tampoco la rubia —la posible Florence Gates— se veía. Pero no tuvo mucho tiempo para continuar pensando. En un rincón de la sala, el hombre de los encajes cometía su primera y definitiva estupidez irremediable. Había quitado la careta a una de las «damas» con miriñaque.

Nadie más que él pudo ver el rostro de la máscara, porque ella le arrebató furiosamente la careta y se la volvió a poner, huyendo apresuradamente. Ged corrió hacia el hombre y se plantó, amenazador, ante él.

—¡Oiga, amigo! —exclamó, furioso, el joven—. Repita una de esas bromas y le doy una lección de judo.

Pero el hombre de los encajes se había quedado estático. En sus ojos aparecía un marcado gesto de estupor. Ged to achacó a la sorpresa de haberse encontrado con un rostro masculino bajo la máscara de la dama.

—¿Qué le pasa? —rió Ged—. Desilusión, ¿eh? ¿Era fea la señora? Vamos, hable.

—No... Nada... Nada...

—Dígame qué le ha producido tanto asombro.

El hombre ya no tenía ninguna huella de borrachera. Y en su asombro había un matiz de miedo.

—Ya le he dicho que no pasa nada —replicó en tono firme—. Déjeme solo, por favor.

La rubia de los ojos grises apareció de repente a su lado y se colgó de su brazo, muy solícita.

—Te gusta ver las caras bonitas, ¿eh? Procura que no vuelva a suceder...

Sonrieron forzadamente los labios del hombre y se dejó llevar. Ged se quedó mirándoles, mientras se alejaban. Ella le llevaba enlazado, apoyándose contra él. Pero no se detuvieron en el salón. Junto a la entrada, en un ángulo, había una puertecita. La pareja desapareció por ella.

Extraño. Muy extraño. Allí se estaba desarrollando un enredo que Ged no comprendía. ¡Oh, Corinne, su cerebro electrónico! ¿Por qué no estaría allí para ayudarle...? Si al menos se presentase una buena pelea... En esto sí que Ged sabía entendérselas...

¡Otra vez la dama del miriñaque! ¿O no era la misma? No debía

de serlo. Ésta parecía más baja. Se acercó a Ged y le cogió del brazo.

—¡Venga, Ged! ¡Venga en seguida! —exclamó en tono de alarma.

—¿Me conoces? —se asombró él.

—Desde hace mucho tiempo. ¡Venga de prisa!

Los ojos de la dama chispeaban. Cogió de nuevo el brazo de Ged e inició el camino hacia la puertecita por donde habían desaparecido la rubia y el hombre de los encajes. Cruzaron la puerta y se encontraron en un oscuro pasillo. Ella le dio la mano para guiarle. Indudablemente, aquélla era una mano de mujer. Llegaron a un gabinete. En la casi total oscuridad, sólo suavizada por la luz del cielo estrellado, que penetraba por un amplio ventanal, se adivinaba el contorno de los muebles. Por ejemplo, el de un diván, al que la dama condujo a Ged, obligándole a sentarse. Ged seguía sin comprender nada. Pero, en aquel momento, dos detonaciones secas le hicieron saltar. Habían sido dos disparos de pistola, allí mismo, en el gabinete, a unos pasos de distancia.

Una sombra se alejó corriendo. Otra se acercó a Ged.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el joven—. Cuidado con estas bromas. Puedo tomarlo en serio y no andaré con cumplidos.

La sombra que estaba a su lado le puso en la mano un objeto metálico. La voz de la dama del miriñaque murmuró:

—Toma esto, Ged. Acabo de encontrarlo en el suelo.

Advirtió él que se trataba de una pistola. La sombra que estaba a su lado se esfumó. Lejos, se oían voces y gritos de mujer.

—¡Eh! ¡Un momento, nena! ¡Da esa maldita luz de una vez!

La luz se encendió. Pero fue para que Ged se diera cuenta de que estaba solo. Es decir, solo no. Porque a sus pies, tendido, brotándole un hilillo sangriento de un orificio que tenía en la sien derecha, mientras en la blancura de su camisa iba extendiéndose una mancha roja, estaba el hombre de los encajes.

Así, en medio de aquel lujoso gabinete, mirando el cadáver del desconocido enmascarado, con la pistola en la mano, con expresión de desconcierto, fue sorprendido Gedeon Paskiewitz Fabrici por el pequeño grupo de invitados que entró, encabezado por la rubia disfrazada de emperatriz Josefina.

—¡Él! ¡Ha sido él! —gritó, melodramáticamente, la rubia,

señalando a Ged—. ¡Ha sido ese hombre! ¡Acaba de matar a mi marido!

III

—¡BUENO! —suspiró Ged—. Ya estamos... Seguro de que me han preparado bien la ratonera. ¿Qué se apuestan a que no tengo escape? Siempre me ocurren estas cosas.

El grupo que había entrado estaba constituido por la rubia, otra mujer vestida de condesa Walewska y tres hombres con trajes más o menos napoleónicos. Todos se quitaron los antifaces. Todos menos la rubia, que se tiró al suelo, abrazándose al muerto. Ged se quitó el suyo de un tirón, lo arrojó contra una silla y se sentó en el sofá, encendiendo tranquilamente un cigarrillo.

Uno de los hombres, alto, delgado, con un bigote blanco, expresión severa y cabellos canosos, se adelantó, diciendo a Ged:

—Soy James Mortimer, jefe de Policía de San Francisco. Quiero saber lo que ha pasado aquí.

—Pregúnteselo a ella, jefe —repuso Ged, señalando a la rubia—. Esa encantadora dama parece saberlo mejor que nadie.

Mortimer se inclinó sobre el cadáver y le quitó el antifaz.

—¡Paul Newman! —exclamó.

Y los demás le hicieron coro. La rubia sollozaba. La otra mujer la cogió por las axilas, la levantó y la hizo sentarse en un sillón. La condesa Walewska había resultado ser una mujer de mediana edad, extraordinariamente vigorosa. Ged la miró con detenimiento. Sí. Era en realidad una mujer. Mortimer se enfrentó con la rubia:

—Entonces, ¿usted es la señora Newman?

Ella, con un gesto de desaliento, se quitó el antifaz. Ged soltó un entusiasta silbido piropo.

—¡Vaya una viuda que acabo de fabricar! —exclamó.

—¿Luego admite que es usted el asesino? —le preguntó el jefe de Policía.

—Mire, amigo. Usted y yo hablaremos más despacio. Que ese bombón viudo cuente ahora su historia. Será interesante.

—Habla, Patricia —pidió la dama vigorosa—. Dinos qué ha sucedido.

Patricia Newman parecía la estampa del dolor. Sus bellos, ojos grises vertían lágrimas. Sus labios rojos y carnosos se fruncían, conteniendo sollozos. No tendría más de treinta años...

—He notado que Paul había tomado demasiados vasos de licor. No se encontraba bien y le he traído aquí. Tendido en ese diván, se ha dormido... Cuando yo iba a salir, ha entrado ese hombre y ha empezado a... cortejarme de un modo grosero. Por lo visto, cree que, todas las mujeres... ¡Oh!

—Sí. Mira con mucho descaro a las mujeres —intervino la vigorosa, con altanero ademán—. He podido advertirlo antes. Patricia me lo había hecho notar en la sala...

—¡Oh, claro! Patricia... —sonrió Ged—. Muy previsora.

—Sí, señor Mortimer —siguió la vigorosa—. Ese hombre galanteó insolentemente a Patricia en cuanto llegó. Y luego he visto cómo, durante un baile, molestaba a una de esas damas de miriñaque. Después, ha flirteado con otra...

—Oiga, jefe —cortó Ged—. ¿Por qué no deja que continúe Patricia? Me gustaría saber el final.

Mortimer miró interrogadoramente a la señora Newman, invitándola a seguir.

—Decía usted que este hombre ha empezado a... cortejarla insolentemente...

—Sí. Entonces, Paul, mi marido, ha despertado y ha pretendido defenderme. Este hombre ha sacado esa pistola y ha disparado contra Paul. Yo he corrido a la sala, pidiendo auxilio. Eso es todo.

Dos amenazadores ojos masculinos fijaban los ojos en Ged. Desde la puerta, un manojo de caras asustadas miraban también. Ged entregó a Mortimer la pistola.

—Tenga, jefe. Procure que no se borren mis huellas —dijo, risueño, el joven—. Esté bien seguro de que es el arma homicida. Ya le he dicho que no tendría escapatoria. Escapatoria legal, quiero decir. Pero convenga conmigo en que he podido apuntarles con la pistola y huir físicamente por ese ventanal. Sólo que tengo mi propia versión del asunto y me parece mejor hablar con calma. No

se preocupe por Paul Newman. Está completamente muerto. Aquí no se cometen errores...

—¿Quiere explicarse de una vez y con menos palabras? —Gruñó Mortimer.

—Claro. Ante todo, jefe, ¿no me conoce?

—Creo recordar su rostro, pero...

—¡Oh! ¡Efímera popularidad! —se lamentó Ged—. Mi fotografía vino en los periódicos hace seis meses.

—¡Ya le recuerdo! —exclamó furibunda la vigorosa—. ¡Es el agente del

F. B. I.,

que anduvo mezclado en un robo y un crimen! Un joven sin moral y sin escrúpulos, amigo de delincuentes.

—No lo estropee más, abuelita —suplicó Ged—. Mire, jefe. Si se acuerda ya, se dará cuenta de que la historia se repite. Ahora me quieren cargar con este muerto...

Unos terribles gritos femeninos se oyeron en el pasillito. Todos se volvieron hacia la puerta. Entre el grupo de curiosos se filtró la ondulante y hermosa Gay Sheridam, que llegaba desolada, sin antifaz. Exclamó, dirigiéndose a Mortimer:

—¡Oh! Por fin le encuentro. Estábamos pidiendo su presencia... —se interrumpió, fijó sus ojos en el cadáver y lanzó una nueva exclamación, llevándose ambas manos a la boca.

—¡Vaya! —rió Ged—. Por fin te vuelvo a ver, nena.

—¿Qué es esto? ¿Qué le ha pasado al señor Newman? —preguntó aterrada Gay Sheridam.

—Luego hablaremos, señorita —dijo el policía—. Explíqueme ahora por qué me buscaba en los salones.

—Porque... Le han robado las joyas a la señora Panthers.

—¡Demonio! —exclamó Ged—. Esto se anima. Supongo que no me querrán cargar también con delitos menores...

—Pero, vamos, señorita Sheridam —pidió Mortimer—. ¿Cuándo le han robado esas joyas a la señora Panthers?

—Hace un momento —replicó Gay—. Se encontró en medio de un grupo de gente que comentaba los disparos que se han oído en la casa. De pronto, se ha dado cuenta de que le faltaba el collar de perla y un brazalete de diamantes.

—Eso es algo que nunca podrá sucederme a mí, por dos razones.

Primera...

—Cállese, Ged —ordenó Mortimer—. Y usted, señorita Sheridam, ordene que todos los invitados y el servicio se concentren en el salón grande.

—Ya lo hice —repuso ella—. Por la lista de invitados, sabía que usted estaba en la fiesta y he venido en su busca.

—Gracias por su previsión. Ahora tengo que llamar por teléfono a Jefatura. Lo siento, pero me temo que todo esto estropeará el brillo de una reunión que prometía ser tan alegre.

Había un teléfono sobre una mesita. El jefe de Policía tomó el aparato y se lo llevó al oído. Luego lo dejó lentamente y se volvió hacia los demás...

—Creo... —murmuró—. Creo que la línea está cortada.

—¡Bravo! —exclamó Ged—. Continúan las sorpresas. ¿Quiere que vaya yo en busca de refuerzos, jefe?

—¿Dónde está la señora Florence Gates, señorita Sheridam? —preguntó Mortimer.

—Esto es algo también muy extraño —contestó Gay—. La señora Gates no aparece por ninguna parte. Ged fue a su casa para recogerla y traerla, pero no estaba. Y, por lo que yo sé, no ha venido aún...

—Bien —decidió Mortimer—. Vamos a la sala. Usted, también. Y usted, Ged, no se aparte de mí. Me parece que de esto no habrá quien le salve.

Dejaron al muerto en el gabinete y todos regresaron al salón grande. Tal como Gay había dicho, allí estaban todos los invitados, la servidumbre, los chóferes y los músicos, apoyados junto a la mesa alargada, al otro lado de la cual se hallaban los camareros. El rumor de alarmadas conversaciones cesó al aparecer James Mortimer. Ged, Patricia Newman, la mujer vigorosa y Gay Sheridam se unieron a la pequeña multitud del fondo del salón. Casi nadie quedaba ya con antifaz.

Mortimer se enfrentó con aquella tropa de unas doscientas personas.

—Señores... —dijo solemne—. Dos grandes delitos acaban de cometerse. Les pido serenidad y ayuda. En primer lugar, deseo saber si están aquí todos cuantos se hallan en Gates' Manor.

—Eso es difícil —intervino Ged desde su puesto entre los invitados—. Habrá que pasar lista.

—Yo tengo las relaciones de los invitados y del servicio —dijo Gay—. Puedo traerlas y...

—¡No hace falta! Ya lo hemos comprobado nosotras.

Mortimer se volvió y todos miraron a la entrada. Allí, graciosa y erguida, había una figura de mujer enmascarada. Era una de las damas del miriñaque, en cuyas manos había un pequeño fusil ametrallador. Por la voz, Ged reconoció en ella a la que le había llevado al gabinete. Nadie habló. La sorpresa tenía paralizados a todos, incluso al jefe de Policía.

—No es momento para bromas —dijo Mortimer—. Entrégueme esa arma.

Dio un paso y se detuvo al ver que ella le apuntaba, gritando:

—¡Quieto, Mortimer! No es una broma. Mire.

Y con un gracioso ademán señaló a la pared de las ventanas. Allí, en los huecos de los tres enormes ventanales abiertos, sobre los alféizares, dominando a la pequeña y agrupada multitud, había tres de las mujeres de miriñaque, pero también enmascaradas. Y lo mismo que la primera, sostenían en sus manos unos fusiles ametralladores con los que apuntaban al amedrentado grupo situado junto a las mesas.

—¿Puedo saber qué significa esto? —preguntó Mortimer.

—¿No lo comprende, jefe? —rió Ged—. Es el robo del siglo. ¡Y yo que había venido aquí para vigilar!

La mujer de la entrada habló de nuevo:

—Todos ustedes se darán cuenta de que cualquier resistencia sería inútil. Dispararemos sin compasión contra cualquiera que intente desobedecer. Y comprenderán también que los tres ametralladores de las ventanas son suficientes para acabar con todos ustedes en un instante, convirtiéndoles en un montón de cadáveres. Retroceda, Mortimer, y únase al grupo.

El jefe de Policía obedeció. Ged recordó que eran seis las damas de miriñaque que había en la fiesta. Faltaban dos. ¿Dónde estarían?

La respuesta llegó al instante. Se oyó fuera el ruido de un motor que se acercaba y se detenía ante el porche. Sin duda, se trataba de un pequeño camión o furgoneta. Inmediatamente, las otras dos damas, también enmascaradas, entraron con un gran cestón de

mimbre que dejaron en medio del salón.

—Ahora —siguió la mujer—, todos, uno a uno, irán pasando junto al cestón. Los caballeros depositarán en él sus carteras, sus relojes y sus sortijas. Las señoras depositarán sus joyas. A partir de este momento nadie ha de moverse. Cualquiera que intente ocultar algo lo pagará con la vida. Recuerden que desde las ventanas se dominan perfectamente todos sus movimientos.

Las dos damas que habían entrado con el cestón ocuparon la salida, pistolas en mano. Ged se preguntaba cuántas de aquellas figuras enmascaradas serían hombres. Quizás todas, menos la mujer que llevaba la voz cantante. Y se admiró de la sangre fría que era necesaria para tan audaz atraco en masa.

—Empiecen. Vamos... Usted primero, Mortimer...

Mortimer dudó un segundo. Luego, obedeció. Se acercó al cestón y sacó el portamonedas, ostensiblemente, para evitar que sus ademanes pudieran ser mal interpretados.

—¿Puedo quedarme con la documentación? —preguntó con insegura voz—. Eso no tiene ningún valor para ustedes...

—Las documentaciones les serán devueltas por correo. Deje caer su billetero, Mortimer, y pase a ese otro lado.

La cartera de Mortimer cayó al fondo del cestón. Mortimer se pegó a la pared, lejos del grupo. Desde la entrada, las dos damas vigilaban. Le siguió una mujer que aportó unas pulseras de oro, una gargantilla con esmeraldas y una diadema de brillantes. Detrás de ella pasó un joven muy nervioso y agitado. Antes de abandonar su cartera, exclamó, furioso:

—¡Esto es intolerable! ¡Si el señor Mortimer tiene miedo, yo no lo tengo! ¡Me niego a obedecer!

—¡Cállese y haga como los anteriores! —ordenó la mujer.

—¡No quiero! ¿Cree que me asusta? ¡Atrévase a disparar! ¡Atrévase!

La mujer le apuntó fríamente. Ged hubiera querido prevenirle, pero era imposible. Comprendía que aquellos personajes no tendrían piedad. Sin embargo, dijo en voz alta:

—¡Obedezca, joven! No haga locuras ahora. Más tarde buscaremos a estas nenas y las daremos su merecido. Ahora no es momento de jugar a los héroes...

—¡Déjese de consejos! —gritó el enfurecido joven—. Yo le

conozco, Ged. Usted es un miserable sin escrúpulos. Dicen que acaba de matar a Paul Newman. Y aseguraría que es el jefe de esta banda de salteadores.

—Claro que lo es —exclamó la voz de la mujer vigorosa. Le he visto bailar con ellas. ¡Las mujeres delincuentes son su especialidad!

—¡¡Basta!! —gritó la dama del ametrallador, cortando el rumor que empezaba a levantarse entre el grupo—. ¡Silencio todos! ¡Deje su cartera! ¡Pronto!

—¡No quiero! ¿Nos dejaremos asustar por media docena de mujeres? ¡Vamos contra ellas!

Sólo dio un paso. El ametrallador despidió tres llamaradas rojizas. Tres detonaciones retumbaron en el enorme salón. El joven se inclinó hacia adelante, cruzando los brazos sobre el estómago, y cayó al suelo. Allí quedó, inmóvil, muerto.

Hubo un conato de rebelión, casi inmediato, entre la pequeña multitud. Dos hombres y una mujer se destacaron amenazadores. Desde una de las ventanas, un ametrallador hizo fuego. Una ráfaga larga que segó a los tres atrevidos. El grupo entero retrocedió, derribando las mesas que había a su espalda. Por un instante se oyó un tronar de muebles que caían y de vajilla rota. Luego, todo quedó en silencio. Todos estaban inmóviles.

Sólo Ged no había retrocedido. Cruzado de brazos, quedó un poco delante de los demás, desdeñoso y risueño. Murmuró, mirando a los caídos:

—¡Lo siento, chicos! Intentaba preveniros...

La situación estaba dominada. El terror era tal que nadie intentaría una nueva rebelión. El aire olía a pólvora. Los cuatro cuerpos, tendidos en aquellas posturas trágicas, habían creado un clima de horror. Mortimer apretaba los dientes, furioso en su impotencia. La mujer, en medio de la sala, junto al cestón, seguía empuñando con mano firme el pequeño fusil ametrallador. Ni ella ni sus compañeras de las ventanas y de la puerta se habían movido. Los disparos brotaron de sus armas sin más acción que la de apretar los gatillos.

Había sido impresionante aquel asesinato a sangre fría. Las voluntades estaban vencidas. Así, cuando la mujer dijo, en tono helado, sin alterarse, señalando al grupito más avanzado:

—Sigan pasando, señoras y caballeros. Ha terminado el

incidente.

Mujeres y hombres, en fila, intercalados, silenciosos, fueron avanzando hacia el recipiente de mimbre. Carteras, billeteros, sortijas, cadenas de oro, pulseras, brazaletes, broches, collares, pendientes, diademas... iban cayendo en el fondo del cestón, formando una confusa mezclanza...

—Esto será el tesoro de Ali Babá —murmuró Ged en voz muy baja.

Y, de repente, se dio cuenta de que, en el turno caprichoso adoptado por las víctimas de aquel atraco, le tocaba a él. Y la voz de la mujer enmascarada se oyó de nuevo:

—¡Un momento! Deténganse. Veo que le corresponde el turno a Ged. Adelante, Ged, encanto. Para ti he dispuesto un trato especial.

IV

GED permaneció indeciso, un poco pálido, pero sonriente, con los pulgares de las manos apoyados en los bolsillos del pantalón. Miró a la enmascarada y dijo despacio:

—Yo soy el que tiene para ti un trato especial, monada. Porque, ya ves, no llevo ni siquiera una sortija. Y en el portamonedas, diez dólares con veinte centavos.

—Guárdatelos, Ged. Sé que te hayas en mala situación por lo de Paul Newman. Sigue adelante, sal de la sala, coge tu coche y huye.

—Un momento, nena. Yo no tengo ninguna intención de escapar.

Una pausa. Luego, la voz de la mujer, más helada que nunca:

—He dicho que huyas, Ged. No me obligues a repetirlo.

El joven vio que el pequeño ametrallador estaba apuntando contra su estómago. Miró a las ventanas. Una de aquellas amenazadoras figuras le apuntaba también, especialmente a él, y con absoluta frialdad. Estaba clara la intención de aquellas figuras femeninas. Querían que huyese. Cautelosamente, con el temor de que sus palabras provocaran una ráfaga fatal, preguntó:

—¿Puedo saber por qué me dispensáis esta particular protección?

—Has matado a un hombre, Ged —replicó la mujer—. Lo mismo que yo. Es un lazo de simpatía entre nosotros...

La mujer vigorosa dejó oír su áspera voz, en tono sarcástico:

—No disimule más, señor Ged. Ya nos damos cuenta de que es usted el jefe de esta banda de asesinas. Todo esto es un truco para sacarle de aquí.

—¿Lo ves, guapa? —dijo el joven a la mujer enmascarada.

—Vete, Ged. Por última vez.

El tono era decisivo. Ged advirtió que el dedo femenino se curvaba sobre el disparador.

—Bueno. Acepto la oportunidad. Adiós a todos. Que terminen alegremente la velada.

Caminó hacia la puerta. Al pasar ante la mujer, le tiró un beso con la punta de los dedos y sonrió, señalando el cestón:

—Cuando hayas vendido todo esto, acuérdate de invitarme a cenar. Llámame cualquier día, ¿eh?

Salió sin prisa. Ya en el porche vio una furgoneta, cuya portezuela posterior abierta se hallaba dando frente a los escalones. Pero no podía detenerse. Una de las damas enmascaradas de la puerta le había seguido pistola en mano. Estaba detrás de él. Ged tomó nota mental de la matrícula de la furgoneta y se dirigió al Buick de alquiler, siempre seguido a prudente distancia por la mujer.

Puso en marcha el coche y lo condujo por la avenida hacia la verja exterior. No podía comprender aquello. Le dejaban marcharse libremente, sin preocuparse de que podía buscar el más próximo teléfono y avisar a la Policía, antes de que en

Gates' Manor

terminase aquella recolección de riquezas. Pero pronto se dio cuenta de que no era así.

Ante él, en la avenida, escalonados, había dos hombres con antifaz, aunque vestidos normalmente, y le apuntaban con ametralladoras. El primero alzó la mano. Ged detuvo el coche y asomó la cabeza por la ventanilla.

—Me han dicho que me fuera, hermano —dijo el joven—. ¿Hay contraorden?

—No —repuso el hombre, con voz aguardentosa—. Pero tendrás que esperar un poco. Paciencia. Y no hagas ninguna tontería. Quédate ahí fuera y reposa. Si te portas bien, no te ocurrirá nada.

«Un poco» fue más de una hora. En aquel tiempo Ged podía haber conseguido que la casa estuviese rodeada de un ejército de policías. Y los atracadores no habían querido exponerse a eso. Por otra parte, Mortimer estaría ya convencido de la mala fe, de la culpabilidad de Ged, puesto que nada había hecho para socorrer a las víctimas de
Gates' Manor.

Más de una hora. Casi hora y media. Por fin, dijo el hombre de la voz aguardentosa:

—Puede irse, amigo. Tiene el paso libre.

Ged miró hacia la casa. En una de las ventanas alguien agitaba un pañuelo blanco. Sin duda era la señal para su libertad. El colosal y audaz robo había terminado.

El Buick arrancó hacia la verja, pasó la puerta enrejada y se perdió en la oscuridad. Cien metros más allá, Ged le hizo salir del camino a lo alto de una cuesta. Desde allí vio cómo unas siluetas salían de la casa, arrastrando el cestón que introducían en la furgoneta.

¿Qué hacer? ¿Volver a

Gates' Manor

cuando se hubieran ido los atracadores? Bien sabía el joven lo que le esperaba. De momento la detención y la cárcel. La discusión para demostrar su inocencia ante un jurado sería difícil. Todo había sido preparado para acusarle del asesinato de Paul Newman y quizá del atraco. Sin duda había más detalles acusadores, aún desconocidos para él.

Por otra parte, estaba deseando aclarar unos cuantos enigmas. ¿Por qué habían matado a Paul Newman? ¿Por qué se lo habían cargado a él? ¿Qué había sido de Florence Gates? ¿Quiénes eran Paul Newman y Patricia Newman y qué relación tenían con el grupo de gangsters? Averiguar todo aquello necesitaba libertad de movimientos y acción. ¡Ah! Y meditar. Pero esto último exigía un cerebro fresco y agudo. El de Corinne.

No esperó más. Miró el reloj. Eran las diez. Sin duda Corinne estaría ya en su apartamento. El hecho de que horas antes le hubiera pedido cenar juntos significaba que aquella noche no tenía actuación en el teatro donde trabajaba. Ged arrancó a toda velocidad, procurando que no le alcanzase la furgoneta de los gangsters.

Tomó una carretera de circunvalación y rodeó San Francisco hasta llegar a las cercanías de los primeros muelles portuarios por el Este. Allí detuvo el Buick en una oscura calleja, entró en un tabernucho y llamó por teléfono. Tardó un buen rato en contestar la voz de Corinne. El tabernero y un cliente miraban con asombro el traje de Ged.

—¿Corinne? ¡Hola...! —dijo el joven alegremente.

—Corinne no está —replicó ella—. Se ha ido a divertirse, puesto que su prometido Ged disfruta de un baile de máscaras, rodeado de condesas de pega.

—Muy bien hecho, nena. Hay que ser dura con los hombres. Pero ¿sabes dónde está realmente tu querido Ged? En una taberna, cien metros antes de llegar al primer muelle del puerto por el Este. Escondido, huyendo de la Policía y quizá también de otras gentes peores.

—Por favor, Ged... Tengo mucho sueño. ¿Cuánto has bebido ya?

—Ni una gota. Es cierto cuánto te he dicho.

El tono era tan severo y convincente que Corinne se alarmó.

—¡Ged! ¿En qué lío has vuelto a meterte?

—¡Corinne! ¡Oh, por favor! A estas horas pueden haber pensado ya en intervenir tu teléfono. Recordarán que eres mi novia y... Bueno. ¿Por qué no vienes a dónde te he dicho y te lo explicaré?

—¡De ningún modo, Ged! ¿No me ordenaste que me acostara pronto y durmiera? Pues obedezco. ¿De modo que sólo me llamas cuando te ves en un aprieto, eh? Pues arréglatelas tú solo. Yo lo leeré mañana en la prensa.

—De acuerdo, nena. Acércate por la pista de la costa. Ve despacio y saldré al encuentro de tú coche. Hasta luego, preciosa. ¡Eh! Y trae un par de bocadillos. Tengo hambre, poco dinero y debo ahorrar. Un beso, cariño. Hasta luego.

Corinne había colgado ya. Ged sonrió, tomó una copa de ginebra y, viendo que el tabernero esperaba que él saliera para cerrar, volvió al Buick, bajo los curiosos ojos del hombre y del parroquiano, que se dirigían mutuas miradas de incompreensión, aunque no le habían hecho ni una sola pregunta.

Sentóse al volante, sacó un cigarrillo y lo encendió. Corinne tardaría hora y media por lo menos. Siguió fumando, pensativo, repasando todos los hechos, para podérselos contar con detalle a Corinne Y para ver si descubriría algún pormenor que se le hubiera pasado por alto.

El cochecito rojo, el pequeño Ford de Corinne, se detuvo al ver la figura del hombre que aguardaba en medio de la pista. Ged se acercó. Asomaba ella la cabeza por la ventanilla. Sus ojos grises miraban llenos de preocupación al joven. Agitó los negros bucles

que brillaban a la luz de la única y amarillenta bombilla de los alrededores.

—Estás impresionante, Ged —dijo burlona—. Valía la pena venir para verte con ese traje. Sólo por eso he salido de casa.

Se inclinó él y la besó.

—Vámonos de aquí, nena. Un par de tipos me han visto y puede que mi recuerdo les esté quitando el sueño. Yo iré delante, con mi coche, y tú me sigues con el Ford.

—¡Vaya! ¿Desde cuándo tienes un coche? Me has dicho que estás arruinado.

—¡Oh! Un precioso Buick. Espera y lo verás.

Unos minutos después, el Buick y el Ford, uno tras otro, recorrían calles apartadas y silenciosas, alejándose de los muelles. Al fin, Ged detuvo su automóvil en un callejón oscuro, apagó las luces y aguardó. En seguida, Corinne se instaló a su lado.

—Bien, cariño. Cuéntale a mamá qué travesura has hecho esta noche.

—Te voy a contar un cuento de Las Mil y Una Noches.

Ged refirió su aventura, desde el momento en que Robert Cummings le puso en relación con Gay Sheridam. Y al terminar, ambos guardaron un largo silencio.

—¿Qué te ha parecido, nena? Bonito, ¿eh?

—Hay detalles muy extraños... Por ejemplo, ¿cómo consiguió arrastrarte al gabinete aquella dama enmascarada? ¡Oh! No me lo digas.

—Lo que yo me pregunto es por qué mataron a Newman, quién es Newman, dónde está Florence Gates, por qué me han cargado con el muerto...

—Empieza por preguntarte otra cosa, Ged. ¿Por qué te llevaron a esa fiesta?

—Ya te lo he dicho. Para vigilar.

—¿Para vigilar a doscientos invitados en dos grandes salones y un extenso jardín sólo en parte iluminado?

—¡Demonio! Ciertamente parece absurdo. ¿Habría sido para cargarme con la muerte de Newman?

—Entonces, el asesinato de Newman estaba premeditado desde hace al menos dos días. Habría que saber por qué le han asesinado. Razonemos un poco. Si le querían matar, no era necesario hacerlo

en esa fiesta. Yo creo que le han asesinado por una sola y simple razón. Por haber visto el rostro de una de aquellas máscaras con miriñaque.

—¡Qué talento, nena! ¡Claro! Ahora comprendo por qué parecía tan asustado.

—Ésa fue su sentencia de muerte, Y en aquel momento también se decidió que fueras tú quien pareciera ser el asesino. Pero hay algo más. Le mató Patricia Newman, sin duda.

—Entonces, caso resuelto. Busco a esa Patricia y...

—Despacio, cariño. No todo queda claro con eso. ¿Dónde se ha metido Florence Gates?

—Eso nadie lo sabe. Mi siquiera su secretaria.

—¿Quiénes estaban reunidos en el salón bajo las armas de los atracadores?

—Ya te lo he dicho. Los invitados, los sirvientes, los camareros y... Y yo. Gedeon Paskiewitz Fabrici.

—Ged para todo el mundo —sonrió Corinne, besándole la punta de la nariz—. ¿Qué sirvientes eran éstos, cariño?

—Los que había en los salones y en el jardín, los chóferes y el guardián de coches.

—¿Y de las cocinas no había nadie? Se daba una cena, ¿no es eso? ¿Dónde estaban los cocineros, los pinches, los friegaplatos...?

—¡Demonio...! —Silbó Ged—. Ciertamente. ¿Dónde?

—¿Puedes imaginar que los atracadores se olvidasen de toda esa gente? ¿Y la cena? ¿Dónde estaba la cena?

—No la he visto. Únicamente han servido vinos y licores de aperitivo. Pocos y con cuentagotas. Sin duda esperaban la presencia de Florence Gates, para comenzar en serio. ¿Qué estás pensando?

—Algo hemos dicho que tiene aspecto de clave. Pero no consigo verlo claro.

—Déjalo para luego, Corinne. Tú, como siempre, a pensar. Yo me encargaré de dar disgustos.

—¿Quién es Florence Gates?

—Por lo que sé, una rica propietaria de Luisiana. Vendió cuánto tenía en su tierra, y vino hace dos meses a San Francisco. Compró Gates' Manor

y un bonito «chalet» en la ciudad. Quería iniciar una fastuosa vida social con esa fiesta de disfraces. Las altas esferas de aquí estaban

deseando empezar a consumir la fortuna de la viuda, y acudieron a la invitación como las moscas a un pastel.

—Pero ¿y la cena? ¿Dónde estaba la cena? ¿Y los cocineros? ¿Y la misma Florence? Dime, Ged. ¿Quién es esa vampiresa llamada Gay Sheridam?

—La secretaria de Florence. Vino a San Francisco con ella.

—¿Cuánta servidumbre había en el «chalet» de Florence Gates? ¿Sólo aquella anciana sorda?

—Sólo, Corinne. Salvo ella, la casa parecía desierta.

—Bien, Ged. ¿Qué te parece si nos vamos a mi casa y descansas un rato?

—Ni a la tuya ni a la mía, nena. Puede que ya estén allí esperándonos unos cuantos policías para turbar nuestro sueño.

—¿Entonces?

—Regresa tú sola. Mañana, coge algún dinero y alquila otro apartamento con cualquier nombre que se te ocurra. Dedícate a pensar. Lee los periódicos...

—¿Y qué harás tú, vestido con ese traje de máscara?

—Trabajaré un poco. Mañana a las ocho, estaré en este mismo lugar. Es un callejón que no tiene casas de vecindad. Conozco el barrio.

—¿No quieres decirme adónde vas?

—Ya sabes. A visitar chicas guapas. Es mi costumbre.

Un momento después, los dos automóviles partían en diferentes direcciones.

Ged necesitaba más información. La única persona que podría dársela era Gay Sheridam. Daba la una de la madrugada cuando el joven llegó al edificio de apartamentos. Quizá fuera un problema el conserje nocturno, dado el absurdo traje de Ged. Pero lo resolvería inmediatamente. Entró en el vestíbulo de la planta baja y se dirigió con naturalidad hacia el ascensor. Al pasar ante el conserje, saludó amistosamente agitando una mano.

—¡Un momento, señor! —dijo el hombre yendo hacia Ged—. ¿A qué piso va usted?

—¡Caramba! —replicó Ged, sin hurañía—. He venido muchas veces a esta casa y nunca me han preguntado eso...

—Perdone, señor. Es que... con ese traje...

—Comprendo. Pero usted me ha visto antes, a eso de las siete,

cuando he venido para recoger a la señorita Gay Sheridam... Íbamos a un baile de disfraces...

—¡Ah, sí! —sonrió el conserje—. No estaba yo aún, pero me lo ha dicho mi compañero... Una señorita que vive en la casa...

—Claro. Bien, amigo. Buenas noches.

Hizo ademán de continuar, pero el conserje no se apartó.

—El caso es que la señorita no ha regresado aún.

—Ya lo sé —dijo Ged, sin desconcertarse—. Me envía ella. He de esperarla en su apartamento. Me ha dado la llave.

—¡Ah! En ese caso...

El conserje se apartó y Ged entró en el ascensor. Sabía el piso y el número del apartamento, puesto que había ido allí una vez. Ya suponía que Gay no estaría en la casa. Mortimer aún continuaría en Gates' Manor,

interrogando a los testigos principales, comprobando las listas y las invitaciones de nada menos que de doscientos invitados.

Llegó al piso, dejó pasar cinco minutos y volvió a bajar. Se dirigió al conserje, mostrándole la llave de su propio apartamento.

—Perdone que le moleste de nuevo —dijo contrariado—. La señorita Sheridam ha debido de equivocarse al darme la llave. La he probado en la cerradura y no abre.

El conserje buscó una llave en un cuadro con clavitos numerados, y la comparó con la que Ged le mostraba.

—¡Claro que no es! —repuso.

—Nada tiene de particular —sonrió Ged—. Ha sido una fiesta muy alegre. Bien. Ábrame usted mismo, por favor. Ella vendrá en seguida.

El conserje miró el rostro de aquel amable y simpático joven. No vio en él nada sospechoso, y aceptó sin reservas.

Un par de minutos después, Ged estaba en el apartamento, sentado cómodamente en un sillón del pequeño vestíbulo. Encendió un cigarrillo. Desde donde estaba recorrió con la mirada el saloncito lujoso y adornado con buen gusto. A su derecha, una puerta entreabierta dejaba ver el dormitorio. Otra puerta correspondía a la cocina. Otra, al baño...

Pasó un cuarto de hora. Ged marcó en el teléfono el número de Gates' Manor.

Pero la línea de aquella casa seguía cortada. Marcó después el

número de Florence Gates. No hubo respuesta a la llamada. Empezó a recorrer el apartamento, impulsado por la curiosidad. Había un escritorio en un rincón del saloncito. Casi todo lo que allí encontró correspondía a los asuntos de Florence Gates, propios de una secretaria.

Se sorprendió en el baño al descubrir una máquina de afeitar, loción masculina... Cosas que denotaban la presencia frecuente y prolongada de un hombre en la casa. Pasó al dormitorio. Encontró pruebas definitivas de lo que el cuarto de baño sugería. Un pijama masculino en un cajón de la cómoda, junto a un par de camisas usadas y una corbata. En el armario, dos trajes de hombre. Ged sospechó que Gay estuviera casada en secreto. ¿Pero por qué en secreto? Dejó el problema para otro rato.

A Ged le resultaba interesantísimo aquel hallazgo. Se quitó el disfraz y se probó uno de los trajes.

Los pantalones le estaban un poquito cortos, lo mismo que las mangas. Por el contrario, la chaqueta y la cintura del pantalón eran holgadas. De todos modos, se puso una de las camisas y uno de los trajes, empleando como cinturón la corbata. No era un modelo de elegancia, vestido así, pero podía pasar. Cualquier cosa resultaría menos llamativa que el uniforme, de mariscal Ney.

Esperó hasta las tres de la mañana. Tanta inactividad le destrozaba los nervios. Dejó una nota sobre el escritorio:

«He venido para que me cuentes lo que ha pasado. Volveré otro rato, porque necesito datos con que defenderme. Supongo que tú no te habrás tragado esa tontería de que soy culpable.

»¡Ah! Me llevo uno de tus trajes. Perdona, pero no puedo andar por ahí vestido de mariscal. Descuéntamelo de las cien que me habríais pagado por mis eficientes servicios en Gates' Manor.

Te perdono el resto. Hasta pronto.

»Ged».

Bajó al vestíbulo inferior. El conserje preguntó:

—¿Se va usted, señor?

—Sí. Me he cambiado de traje y voy en busca de la señorita. Me

temo que hayan seguido bebiendo demasiado. Acabo de llamarla por teléfono y me ha parecido excesivamente alegre.

Volvió la espalda y salió a la calle desierta y oscura. Viendo el barrio de «chalets» que había enfrente pensó que tal vez resultaría práctico ir otra vez a Florence Gates.

Regresó al Buick que aguardaba aparcado en un solar sin ninguna luz. Entró en el coche y se puso al volante. Cuando arrancó suavemente, un punto acerado y frío se apoyó en su nuca. Y una voz masculina murmuró con firme tono.

—Ve por dónde yo te indique, amigo. Nada de trucos, si no quieres quedarte sin sesos.

V

—**M**UY amable, gracias —replicó Ged impertérrito—. ¿A dónde vamos, señor? ¿Cómo quiere el señor que conduzca? ¿De prisa o despacio? ¿Va cómodo el señor?

—Sin bromas, amigo. Me ponen muy nervioso. Tú tienes una casita en el campo, ¿no? Vamos a ella y hablaremos tranquilos allí.

—Estará la policía. ¿No sabe el señor que me andan buscando?

—No importa. Vamos.

Ged lanzó el coche a toda velocidad por las calles desiertas. El hombre que estaba en el departamento posterior amenazó:

—Más despacio, si no quieres que dispare.

—No seas estúpido —rió Ged—. Vamos a sesenta millas por hora. Dispara y nos estrellaremos contra una casa.

El hombre calló. Ged salió a las afueras y tomó una carretera de circunvalación. Aumentó la velocidad y dijo en voz alta.

—Tengo gasolina para doscientas millas. Continuaremos así hasta que nos detengan unos motoristas por exceso de velocidad.

—De acuerdo. Como quieras.

—Si haces algo contra mí, el coche se hará polvo. Y nosotros también, claro está. Así que guarda la pistola y estate quietecito. He pensado que podríamos ir a una jefatura de policía y parar ante la puerta.

—De acuerdo. Como quieras.

Ged comprendió. Al desconocido no le preocupaba que cayese en manos policíacas. Tal vez lo deseaba. Era necesario encontrar un medio de librarse de él.

Estaban en un tramo recto. Ged tensó los músculos y actuó de repente. Mientras su mano izquierda accionaba la cerradura de la portezuela, el pie derecho se hundió hasta el fondo del pedal del

freno.

El Buick lanzó un largo lamento agudo. En el departamento posterior, un cuerpo chocó contra el respaldo del asiento delantero y se oyeron unas maldiciones. Ged, prevenido como estaba, hizo que la flexión de sus brazos y piernas creasen un muelle amortiguador. El coche se detuvo en una sacudida, girando un poco hacia el centro de la carretera. Casi antes de esto, Ged ya estaba fuera.

De un salto, se plantó en la parte de atrás, junio al portamaletas, en el momento en que se abría una portezuela posterior y aparecía encogida la silueta de un hombre indudablemente aturdido. Ged, tiró de él, cogiéndole por las solapas, y, de un puñetazo en la barbilla, le lanzó a la cuneta. Pero inmediatamente un objeto duro se apoyó en sus riñones y otra voz distinta le gruñó al oído:

—No más juegos, amigo. Levanta las manos.

Ged se maldijo por su estupidez, por no haber imaginado en que podían ser dos los hombres y no uno solo. Pero no había más remedio que obedecer. Alzó los brazos, despacio. Los dos hombres se hallaban ahora frente a él. Uno de ellos, el golpeado, se frotaba la cara en donde unos ojillos crueles, brillaban con afanes vengativos. El otro apuntaba con una pistola.

—Bien —dijo Ged—. ¿No queríais hablar conmigo? Pues ya podéis empezar. ¿Nos sentamos en el coche y fumamos unos cigarrillos?

—Pocas palabras bastarán —dijo el de la pistola—. Sólo queremos que aprendas una cosa. No has de acercarte por ahora ni a la Policía ni a esa Gay Sheridam ni a nadie que pudiera creer los cuentos que inventes. Métete en la cabeza eso.

—Comprendo —replicó Ged—. Hay quién tiene interés en que yo continúe ocultándome, hasta que me cace la policía, para que mi apariencia de culpabilidad en lo de Newman y en lo del atraco sea más completa. ¿No es eso?

—Me alegro de que seas tan comprensivo. Pero nosotros no sabemos nada de ese Newman ni de ese atraco.

—¿Quién os ha enviado a mí?

—Chico aplicado, ¿eh? —Siguió el de la pistola—. Le gusta saberlo todo...

—Es que me habéis parecido bastante novatos en este trabajo.

Eso de permitirme conducir el coche era una chapuza de aficionado. Y, por otra parte, ¿hacía falta todo ese lío para darme un recado?

—Sí. Porque hay un refrán que dice: «La letra con sangre entra». Y vamos a darte una lección, para que no te olvides de la orden. ¡Eh, tú! Empieza.

—¿Novatos, eh? —sonrió el otro ferozmente—. Vas a ver ahora.

Uno de sus puños encontró el estómago de Ged. Inmediatamente, el otro puño se disparó hacia su barbilla. El joven gimió dos veces, a la vez que se encogía y se estiraba al compás de los impactos. Giró sobre sí mismo y recibió un tercer golpe que le hizo caer al suelo, sobre una capa de barro.

El de la pistola le vigilaba sin dejar de apuntarle. El otro, dispuesto a continuar, exclamó:

—¡Vamos! Levántate.

—No, papá. En cuanto me levante volverás a sacudirme. Aquí estoy muy bien.

Evidentemente, eran novatos, porque se desconcertaron. Si el de los puñetazos se acercaba y se inclinaba, Ged quedaría a cubierto de la pistola. Pero todavía no se daban cuenta de algo peor. En cualquier momento, a pesar de la hora, podía pasar un coche por la carretera. Ged sí había pensado en ello y procuraba ganar tiempo.

Para remediar la primera dificultad, el hombre buscó una piedra, la cogió y la lanzó furiosamente contra Ged.

—¡Novatos! ¡Ja, ja! —rió el joven, rodando por el suelo para esquivar—. ¡Simples aficionados! ¡Pero qué de barro hay aquí, demonio!

Unos faros. Un motor que se acercaba. Ged tensó los músculos. Era el momento que aguardaba.

—Diles que sigan —ordenó el de la pistola—. Hazles creer que se trata de una avería sin importancia.

Era una furgoneta. Aminoró la velocidad al aproximarse. El hombre desarmado salió un poco al centro de la carretera e hizo señales de que no necesitaban ayuda. El conductor de la furgoneta no podía verle, pero Ged dijo en voz alta.

—Ya me han visto. Van a parar.

El de la pistola volvió un segundo la cabeza, y recibió en el cuello una pedrada que Ged le lanzó. De su garganta surgió un aullido apagado y hubo de apoyarse en el Buick. De repente se

sintió alzado por los pies, elevado y convertido en aspa de molino. La furgoneta se alejaba. El otro individuo volvió, dispuesto a continuar su ejercicio, pero se encontró con el cuerpo de su compañero que cayó sobre él como una montaña de carne y huesos.

Aún se cambiaron tres puñetazos más. Uno que Ged recibió en ojo izquierdo. Otros dos que Ged distribuyó entre los atacantes, a barbilla por golpe.

Un momento después, Ged rompía en largas tiras las camisas de los dos hombres que permanecían tendidos e inconscientes ante él. Con aquellas tiras retorcidas y mojadas en el barro, les ató concienzudamente de pies y manos. Luego, los metió en el coche, se guardó la pistola y se dirigió hacia la ciudad, buscando un sitio tranquilo. Éste fue un caminito estrecho, entre unos árboles. Allí sacó del coche a sus prisioneros y los sentó en el suelo, apoyadas las espaldas contra el pretil de un puentecillo.

—Bueno, hermanitos. Ahora me toca a mí. Vais a decirme quién os envió.

Silencio. Ged disparó un puntapié contra los riñones de uno de ellos. Como la única respuesta fue un quejido, Ged decidió continuar. Y, para economizar esfuerzos, insistió con el mismo individuo. Le aplastó los dedos de un pie contra el suelo, en un violento pisotón.

—¿Veis como sois novatos? —rió Ged—. Pero yo entiendo muy bien este oficio y me honro en daros una lección gratuita. No, claro. Gratuita no. A cambio de un poco de información. Habla cuanto antes, porque has de hacerlo de un modo u otro.

Encendió un cigarrillo, y acercó la cerilla al torso desnudo del hombre. Un aullido de dolor y un nuevo puntapié en los riñones.

—No grites, cariño —dijo Ged—. Te pondré una mordaza para continuar la diversión sin chillidos molestos. Luego seguiré gastando cerillas. Tengo muchas. Verás que broma. Te asaré a trocitos, empezando por la nariz.

—Ya basta —gruñó el hombre—. Total, para lo que sé de todo esto...

—No digas nada, Slim —exclamó el otro.

—¡Que te asen a ti la nariz, idiota! —replicó el primero—. Voy a decir todo lo que sé. Un hombre nos contrató para que llevásemos una furgoneta a

Gates' Manor.

Fuimos y esperamos hasta que recibimos la señal de llevar la furgoneta al porche. Creo que daban una fiesta. Dos chicas con máscaras nos dijeron que detuviéramos durante un tiempo a un hombre que saldría con un «Buick». Luego, el mismo que nos contrató al principio, nos dio la orden de ir a la puerta de una tal Gay Sheridam, esperarle a usted y hacer esto... Bueno. Esto no. Lo otro.

—¿Quién es ese hombre?

—No lo sé. Un tipo más bajo que usted y un poco más grueso quizá.

—¿Cómo lo conocieron?

—Vino a nuestro encuentro en el bar «Chips». Nos había recomendado un amigo. Eso dijo. Y tenemos muchos amigos.

—¿De veras? Contad, conmigo en lo sucesivo —rió Ged—. Y ese hombre, ¿estaba anoche en

Gates' Manor?

—Sí. Vestido de mujer, con una careta y un miriñaque. Le reconocí por el tipo y la voz. No sabemos nada más, aunque nos tueste la nariz. Nos han pagado quinientos. Eso es todo.

—Bien. Vas a escribir todo eso. ¿De acuerdo? —propuso Ged, encendiendo un fósforo—. Te advierto que conozco bromas peores.

—Y yo.

Ged sacó un block y un bolígrafo. Soltó las manos del hombre y le apuntó con la pistola mientras escribía. El hombre repitió por escrito lo que había dicho y firmó con el nombre de Slim Catwell. A indicación de Ged, puso también el de su compañero: John Stone.

De nuevo atadas las manos de Slim, Ged se lo cargó al hombro y lo dejó escondido entre unos arbustos. Hizo lo mismo con Stone, los amordazó y, se despidió, diciendo:

—Tened paciencia. Pronto vendrán a recogeros.

Con el Buick, salió de nuevo a la carretera. Buscó una cabina de teléfono y llamó a la más próxima jefatura de policía.

—Oiga, jefe —dijo rápidamente—. Soy Gedeon Paskiewitz Fabrici, agente del

F. B. I.,

aunque el

F. B. I.,

no quiera y aunque me persigan por asesino. Digan al señor Mortimer de mi parte que hay dos tipos atados, escondidos entre unos arbustos en un camino, a cien yardas de la carretera, en el lugar llamado Spring Hill. No sé lo que contarán, pero yo tengo una declaración por escrito. La guardo para empezar el expediente. Seguiré proporcionando personajes al señor Mortimer. A Ged ya no hay quien le pare. Y ahora cuelgo, antes de que localicen el teléfono desde donde llamo. Háganles contar sus aventuras en

Gates' Manor

y lo que pretendían de mí.

Colgó. La noche se acabaría pronto. Decidió regresar al callejón donde estaba citado con la deliciosa Corinne. Cuando llegó, los faros del Buick iluminaron el pequeño Ford rojo. Corinne había llegado ya, mucho antes de la hora señalada para la cita.

Detuvo Ged el Buick detrás del Ford, asomó la cabeza por la ventana y llamó suavemente:

—¡Corinne! Pásate a mi coche, ¿quieres?

Apagó las luces. Oyéronse los chasquidos de las portezuelas y Corinne se instaló junto al joven.

—Estaba ya intranquila. ¿A dónde has ido? —murmuró ella.

—De visita en casa de una amiga mía. ¿Sabes? Ya no soy mariscal.

Corinne encendió un fósforo y lo examinó detenidamente. Cuando la llamita se extinguió, comentó la joven.

—Me gustará conocer a tus amigas, para que me den la fórmula que emplean contigo. Tal vez romperte una ceja, aporrearte la barbilla y rebozarte en barro son placeres que tú aprecias mucho. Como buena esposa, debo aprender tales seducciones. Cuéntame lo que ha pasado.

—Primero tú, nena. ¿Qué te ha obligado, a venir tan pronto?

—Había policías en mi apartamento. Suponían que tú irías a refugiarte allí. He dicho que me dolía la cabeza y que había salido a dar una vuelta para despejarme, que estábamos reñidos tú y yo; que no sé nada de ti desde hace días... No se lo han creído, claro está, pero han comprendido que era inútil esperarte y se han marchado. Entonces yo he vuelto a salir de casa.

—¿Te habrán seguido?

—No. Y ya tengo refugio para ti. Vamos a casa de una amiga

mía. Se lo he contado todo y te considera inocente.

—¡Vamos allá!

—¿Y mi coche?

—Es cierto... Bueno. Pasaremos primero por cerca de tu casa y lo dejas aparcado en el sitio de costumbre.

—¿Y este Buick? ¿Crees que no habrá orden de buscarlo?

—Sí. También habrá que pensar en eso.

Rayaba ya el alba cuando llegaron a casa de Gladys. Era un pequeño edificio, situado en una barriada de reciente construcción al sureste de San Francisco. Gladys tenía un piso en la tercera planta. Era una mujer de unos treinta y cinco años, bien conservada, un poquito grasosa, con aspecto de sentimentalona escuchadora de seriales radiofónicos y de TV. Sus grandes ojos azules miraron a Ged con admiración y embeleso.

—¡Oh, señor Pasken... Paskiz...!

—Ged, para todo el mundo, encanto —cortó el joven, sonriendo seductor.

—¡Oh, Ged...! —rectificó ella, juntando las manos—. ¡Qué maravillosa vida la suya, perseguido, luchando, odiado por los hombres y admirado por las mujeres...! Ya me ha contado Corinne...

Corinne cortó el apasionado discurso.

—Ged necesita descanso, Gladys. Y un baño y un traje...

—Mi marido murió hace dos años. Era tan alto y apuesto como Ged. Le servirán los trajes que guardo. El baño está dispuesto. Y tengo preparado el dormitorio de mi hijo, que ahora está interno en el colegio. ¡Nadie conocerá su permanencia en este refugio, Ged! Yo seré una tumba. Antes moriría que revelar el secreto...

Ged tenía el cuerpo dolorido, nublado el cerebro, fatigados todos sus músculos. Se bañó. Se dio una fricción, se curó la ceja y se vistió luego con un fresco pijama del marido de Gladys.

Las dos mujeres habían preparado café y unos emparedados. Gladys les dejó solos en el comedor. Mientras tomaban el café y los bocadillos, Ged, contó lo que había sucedido, su visita al apartamento de Gay y su aventura con los dos individuos.

—¿Qué piensa tu maravilloso cerebro de todo esto? —preguntó Ged.

—Mejor será que duermas, Ged. Ahora no se me ocurre nada.

Ged se fue a su dormitorio y se durmió en seguida. Pero Corinne permaneció aún mucho tiempo despierta. Estaba pensando.

Despertó a mediodía. Gladys había preparado un almuerzo apetitoso. Y los periódicos de la mañana estaban sobre la mesa del gabinete. Gladys los había leído.

—¡Oh, Ged! —exclamó, enternecida—. ¡Qué aventura tan emocionante!

Corinne leyó la prensa mientras Ged se afeitaba. Luego, durante el almuerzo, la joven explicó a Ged lo que aún desconocía éste.

—Cuando tú te fuiste de la casa, los atracadores terminaron de recoger su botín. Llenaron el cestón y se lo llevaron. Se fueron los seis en una furgoneta. Nada dice de Slim Catwell y John Stone, Luego, mientras alguien fue en busca de ayuda policiaca, Mortimer inició las averiguaciones. Pasaron lista. Las invitaciones recogidas en la puerta correspondían exactamente a las personas relacionadas.

—Bueno. Lo que yo necesito —gruñó Ged— es una persona sospechosa. Alguien concreto para empezar mis métodos.

—Esa persona es Patricia Newman —dijo Corinne—. Si no mató a su marido, por lo menos mintió en la declaración, acusándote a ti.

—Voy a comenzar. Coge unos emparedados para el camino y vámonos, nena.

Se levantaron, dispuestos, para salir. Gladys preguntó:

—¿Volverán aquí, verdad? ¿Qué hago con ese traje manchado de barro? ¿Intento limpiarlo? Está en el baño.

Corinne fue por el traje, diciendo:

—No creo que merezca la pena. Estará inservible...

Volvió con la chaqueta en las manos, examinándola con desaliento.

—¡Oh! El amiguito de la vampiresa tendrá que comprarse otro. Mira, Ged. Incluso está rasgada la espalda de la americana. Por cierto, que... Esto es algo muy curioso...

Estaba mirando la parte posterior del cuello de la americana. Y añadió:

—La etiqueta de sastrería es de Monroe, Luisiana. El dueño de este traje vino de allí, con Florence Gates y Sheridam.

—¿No está eso dentro de lo natural? —preguntó Ged.

—Sí, pero... Él no la acompañó a la fiesta... El conserje no te demostró conocer la existencia de este personaje... Me gustaría

curiosear un poco.

—Bien. Voy a casa de Cummings. Reúnete allí conmigo.

Ged estaba echándole un vistazo al periódico y fruncía un entrecejo, risueño.

—Se te ha pasado un detalle, Corinne —dijo—. Mira esto. Gay Sheridam ha querido protegerme. Declaró que no se había fijado en la marca de mi coche.

—Eso no puede ser más que un disimulo. Ella sabe muy bien que la marca, la matrícula y tu nombre figuran en la casa de alquiler de automóviles. La policía no tardará en averiguarlo.

—Entonces, confiaré en la suerte. Hasta pronto, nena.

VI

—BIEN, Cummings. Déjese de lamentaciones y al grano —dijo el joven—. El tiempo es muerte para mí. Necesito informes.

—¿Qué desea saber, Ged?

—Hábleme de Florence Gates.

—Una dama muy distinguida y educada. Una gran fortuna.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo ella. Es viuda desde hace seis meses. Su marido murió en un accidente.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo ella. Su marido cayó al mar con un automóvil. Le quería tanto, que estuvo a punto de enfermar gravemente al conocer la desgracia.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo explicó su secretaria. El caso es que los médicos recomendaron a Florence Gates que se fuese lejos de Luisiana, que cambiase de escenario, para olvidar. Que se distrajera... Por eso lo vendió todo. Tenía grandes fincas en Luisiana.

—¿Cómo lo sabe?

—¡Demonio, Ged! Me lo explicaron ella y Gay Sheridam. Como yo soy el abogado de las más altas personalidades de San Francisco, acudió a mí para que le diera consejos financieros. Quiere invertir un millón de dólares en acciones sólidas.

—¿Está seguro de ese millón?

—Me habló de una considerable fortuna, pero todo quedó pendiente para otra entrevista. De momento, me contó que ya se había relacionado con la alta sociedad de San Francisco y que deseaba dar una fiesta. Para eso había comprado Gates' Manor.

—Hábleme de los Newman.

—Él era un actor fracasado. Ella también había dejado el escenario hace poco tiempo. Tenían buenas relaciones en San Francisco. Los dos se llevaban muy mal y debían estar en plena ruina económica. Su último negocio, una compañía de revistas, con la que hicieron un recorrido por los estados del Sur, fue un completo desastre.

—¿Del Sur? ¿Estuvieron en Monroe?

—Sí. Allí se disolvió la compañía.

—¿Cuándo fue eso?

—No estoy seguro. Tal vez un año. Los Newman se quedaron allí mucho tiempo, intentando trabajar, pero regresaron hace poco.

—¿Y no pudieron conocer allí a Florence Gates?

—¡Pues claro que la conocieron! Patricia Newman era muy amiga de Florence, cuando ésta vino a San Francisco.

—¿Sí? ¿Cómo lo sabe?

—¿Otra vez? Me lo dijo Florence Gates. Patricia les había presentado a muchas personas aquí. Fue algo así como su introductora en sociedad.

Sonó el teléfono. Cummings tomó el aparato y se lo pasó a Ged. Era Corinne.

—Oye, cariño. He procurado sonsacar al conserje. Para él, Gay Sheridam es una bella joven formalísima, y dice que el único hombre que ha visitado su apartamento eres tú. Dos veces. Una vez vestido de persona y otra de loco y contando mentiras. Cuando ella ha sabido tu última visita, se ha mostrado asustada y ha corrido a su piso para comprobar que no le habían robado nada. ¡Ah! La mujer que se ocupa de la limpieza dice que la misma Gay Sheridam se limpia el apartamento y nadie entra en él.

—Cada paso es un nuevo enredo, preciosa. Empiezo a sentir que se me derrite el cerebro.

—¿Pero tú tienes eso? Si lo tuvieras, cariño, hace tiempo que serías un buen carpintero y yo tu amadísima esposa.

—Me encanta la idea. ¿Por qué no vienes y me lo dices al oído?

—Puede que aún tarde un par de horas. Voy a realizar una investigación por, mi cuenta. No me preguntes, porque no lo diré. ¿Dónde nos reunimos?

—Aquí, dentro de dos horas. De acuerdo. No me lo digas. Seguro

que te vas a
Gates' Manor.

—¡Qué listo eres, cariño! ¡Vaya! Empezamos a tener las mismas ideas... Quizá no sea un fracaso nuestro matrimonio. ¿Qué harás tú entre tanto?

—Lo de siempre. Paladear bombones. Tengo dos en perspectiva. Quizá tres.

—¡Que se te indigesten!

—Eso, seguro. ¿No quieres conocer los informes de Cummings?

—Más tarde. Adiós.

Colgaron ambos. Ged marcó el número de Florence Gates. Le contestó la voz chillona de la anciana sorda.

—La señora Gates no ha regresado aún. Ya se lo he dicho a la policía. ¿Quién es usted?

—Un buscador de damas desaparecidas.

Colgó y volvió a marcar. Esta vez respondió Gay.

—¿Qué tal has dormido, amor mío? —preguntó Ged—. Una fiesta maravillosa la de anoche. ¿Recuerdas?

—¡Oh, Ged! Calla, por favor. Todo esto es horrible. La señora Gates continúa sin aparecer. Siento no haberte podido hablar esta noche. Mortimer nos ha retenido allí hasta el amanecer... ¿Por qué no vienes, Ged? Podríamos cambiar impresiones.

—Cariño... No puedo visitarte. Me lo ha prohibido el médico. Además, temo que me cace la policía.

—No hay policías aquí. ¿Tienes aún el Buick?

—Sí. ¿Por qué?

—Por nada. Para que vinieras. Yo no creo en tu culpabilidad, Ged.

—Yo tampoco. Pero no puedo ir. Sin embargo, te llamaré más tarde. No salgas de casa. Puede que luego te dé noticias importantes.

Ged dejó el teléfono y cogió la guía. Buscó en el apartado de profesiones. Halló lo que deseaba y se despidió del abogado.

—Le conozco bien, Ged, y estoy seguro de que se abrirá camino. Pero mi recomendación y mi consejo como abogado es que se presente a la policía... Comprenda que ya me comprometo ayudándole... Mi deber...

—Espere que me vaya y terminará su discurso. Hasta luego,

Cummings.

—¿A dónde va?

—A dar un paseo. Hace un día hermoso. Recuerde que de mi madre heredé una sanísima desconfianza... ¡Ah! Por favor. Présteme doscientos dólares. Se los devolveré muy pronto.

Detuvo el Buick ante un extraño establecimiento, donde se vendía todo lo necesario para disfraces y para maquillajes teatrales. Ged entró y unos minutos después salió con un paquete. Calle abajo había un concurridísimo café. Ged pasó, entre mesas y grupos, hasta los lavabos. Allí se aisló en un servicio y permaneció encerrado casi un cuarto de hora.

Cuando salió, ya no era Ged. Era un pastor protestante, de negra camisa, negra chaqueta, negro pantalón, blanca tirilla de plástico, sobresaliente dentadura amarillenta, grandes gafas de gruesos cristales, libro de oraciones, sombrero negro... Un alto e imponente pastor, con un paquete bajo el brazo. Encaminó el Buick hacia el domicilio de Gay Sheridan. Lo dejó a bastante distancia del edificio y siguió a pie, con el paquete bajo el brazo. Entró en el vestíbulo y sé detuvo, mirando a su alrededor.

Vio al conserje, atendiendo al teléfono. Apoyado en el mostrador había un hombre, leyendo un periódico, con un inconfundible aspecto de policía. Ged avanzó y llegó hasta el conserje. Allí esperó a que terminara la conversación telefónica.

—¿Hay apartamentos libres? —dijo, con voz engolada.

—Sí. Hay cinco. ¿Desea ocupar uno? ¿Quiere verlos?

—¡Oh, no! Deme la llave de cualquiera. No tengo preferencias.

—De acuerdo. Rellene este impreso contrato. Ocupará el 81. Segunda planta.

—Estoy muy cansado ahora. Me lo llevo y lo llenaré más tarde. Vengo de un largo viaje... De la India... Ya le contaré cosas... Luego traerán mi equipaje. Ya sabe... Reverendo Pask, para servirle...

—De acuerdo, reverendo. Una semana por adelantare.

—¡Oh, eso sí! No exige tiempo. Tenga el dinero.

Ya me dará el recibo...

Dejó unos billetes ante el conserje y entró en el ascensor. El apartamento 81 era como el de Gay. Empleó muy pocos minutos en cambiarse de ropa ser de nuevo Ged. Inmediatamente después, llamaba a la puerta de la joven.

Gay se quedó con la boca abierta cuando le vio en el umbral. Inmóvil, contempló a Ged durante varios segundos.

—¡Hola, nena! —sonrió Ged—. ¿Qué? ¿No me esperabas? Lo he pensado mejor y he venido... Oye... ¿Acaso tienes... visita?

—No, Ged. Pasa.

Él estaba entrando ya. Se detuvo en el gabinete. Sacó un cigarrillo, lo encendió y se dejó caer en un sofá. Ella le observaba en silencio. Y su expresión denotaba la rapidez con que trabajaba su cerebro.

—¿Qué te ocurre, nena? ¿Estorbo? ¿Acaso quieres llamar a la policía?

Ella reaccionó de repente. Chispearon sus pupilas verdes, sonrió y hundió unos coquetuelos dedos en los cabellos.

—¡Oh, no, Ged! Sólo es que estoy sorprendida, pero gratamente sorprendida. ¿De dónde has sacado ese traje?

—Ya ves que yo no te pregunto de dónde has sacado los que tienes en el armario. ¡Gay, cariño! ¡Qué doloroso fue para mí, anoche, enterarme de que tienes un romántico amor en... tu corazón...!

—Ged... No seas tonto —replicó ella, sentándose junto a él—. Esas cosas estaban aquí cuando ocupé el apartamento... Pero estarás muy fatigado. Éste puede ser un buen refugio para ti. ¿Has venido en el Buick?

—Sí, claro.

—¿Dónde lo has dejado?

—¡Qué manía con el Buick! Está lejos de aquí. Tranquilízate. No lo encontrarán. Hablemos un poco. He de irme en seguida. He estado pensando sobre lo de anoche. Creo que el asesinato de Paul Newman está relacionado con el atraco y con la desaparición de Florence Gates. Y, tal como se produjo, debió de ser la misma Patricia Newman quien lo cometió. Si Patricia lo hizo, debe saber también el motivo. ¿Comprendes?

—No acabo de comprenderlo, Ged. Pero tengo la impresión de que estás llegando a deducciones sorprendentes. Continúa.

—Y cuando sepamos el motivo, tendremos mucho adelantado para descubrir a los atracadores.

—Eso puede ser una buena idea, Ged. Pero Patricia Newman ha desaparecido también.

Ged se sobresaltó y se volvió hacia ella.

—¡Demonio! ¿Por qué? ¿Cómo lo sabes?

—He telefoneado varias veces a su casa. Siempre ha respondido una amiga suya, que al parecer tiene a medias con ella un hotelito. Nada se sabe de Patricia. No ha vuelto a casa desde anoche.

—Bien. Yo la buscaré. Dame la dirección.

Ella se la dio. Ged hizo ademán de levantarse. Gay le retuvo.

—Espera, quiero que tomes una taza de té y unos pastelillos...

Sin esperar respuesta, Gay fue a la cocina y regresó en seguida, con desolada expresión.

—No tengo ni un poquito de té. Es una lástima... Se lo pediré a una amiga que vive en esta casa. Espera un momento.

Ged entornó los párpados, pero no replicó. Ella salió del apartamento, enviándole un besó con la punta de los dedos.

Ged se levantó de un salto y corrió a pegar el oído a la puerta. Los zapatos de Gay taconearon apresuradamente hacia el vestíbulo del piso. Al final del pasillo, se detuvieron. Se oyó abrirse y cerrarse una puerta. El joven abrió y se asomó. Sacó el block y escribió unas líneas:

«Lejos de tu hechizo, he recordado mi situación.

Tengo cosas urgentes que hacer...».

Tiró el papel al suelo y salió apresuradamente. El apartamento del reverendo Pask estaba en la planta inferior. Ged tardó quince segundos en llegar a él, desabrochándose ya el traje; cuarenta segundos en ponerse el negro atuendo y la dentadura postiza, y otros quince en subir de nuevo a la tercera planta. Allí se detuvo para terminar de ajustarse la tirilla y calarse las gafas, enderezarse el sombrero y estirar la chaqueta. A los dos minutos de haber salido Ged del apartamento de Gay, el reverendo Pask recorría lentamente el pasillo.

Todavía tardó un minuto más en abrirse la puerta del 103. Salió Gay, con un paquetito en las manos, se cruzó apresuradamente con el pastor y entró en el apartamento 97, es decir, en el suyo.

El reverendo Pask se acercó a la puerta del 103. Escuchó un momento. Y sucedió lo que él esperaba. En el interior sonó el teléfono. Ged oprimió el timbre. Hubo de hacerlo un par de veces, antes de que abriese la amiga de Gay.

La amiga de Gay era un hombre de rostro curtido, con una pequeña cicatriz en la mejilla derecha, cabellos de rubio oscuro, de unos cuarenta años, expresión malhumorada, bigote lleno, un poco más bajo que Ged y un poco más grueso. Se sorprendió al ver un pastor a su puerta.

—¿Qué desea? —Gruñó, conteniendo el deseo de dar a Ged con la puerta en la nariz.

—Reverendo Pask —replicó el joven con beatífico tono—. ¿No me reconoces, Julius?

—Yo no me llamo Julius ni he conocido a ningún pastor en mi vida. ¡Ah! ¡Y no doy limosnas!

—Perdone, señor... Mil perdones... —replicó el reverendo Pask ante la puerta, que se había cerrado violentamente.

Cinco minutos después, el reverendo Pask aparecía en el vestíbulo inferior, con el breviario y el consabido paquete bajo el brazo. El conserje hablaba con el hombre de aspecto de policía. Se volvió hacia Ged, que dijo en tono melifluo:

—¿No me han traído el equipaje? Bueno. Es igual. Salgo a comprar unas cosillas. Escuche... He visto al ocupante del 103. Me ha parecido un antiguo amigo, llamado Julius Howard. Dígame si lo es, porque me gustaría saludarle, pero no deseo cometer un error.

El conserje consultó un libro-registro.

—No. Es el señor Henry Castle. Lo siento.

—Perdón, gracias... ¿Puedo telefonar?

Marcó el número de James Mortimer; dijo que era una llamada de jefatura, y la voz del jefe de policía se oyó en seguida al aparato.

—¡Hola, jefe! Soy Ged. ¿Han cogido ya los dos pájaros que cacé para usted?

—¡Oiga, Ged! Claro que sí. Pero ¿qué demonios está haciendo? Preséntese inmediatamente. Si es inocente, nada tiene que temer. Nosotros le protegeremos.

—Los del

F. B. I.

sabemos protegernos. Y ya sé cómo me protegieron ustedes en el caso Edward Cummings. Ahora le llamo para que vigilen a un tipo que vive en el 103 del edificio Hameson, con el nombre de Henry Castle. Averigüen quién es de verdad y de dónde ha venido.

—No haremos nada mientras usted no se presente. ¿Dónde tiene

ese diablo de coche que alquiló?

—¿También usted? ¡Vaya! ¿Por qué todo el mundo me pregunta por él?

—Es largo de explicar, pero se lo contaré. Verá...

—¡Un demonio! Ya no me quedo aquí ni un segundo más.

Colgó y salió a la calle. Cinco minutos después estaba contemplando el Buick, con mirada curiosa. Por, fin, se encogió de hombros y se puso al volante. El hotelito de Patricia Newman estaba lejos. Dejó el coche más allá de la entrada, retrocedió a pie, atravesó la verja y llegó hasta el porche. Era una casita de dos pisos. Llamó y abrió una menuda y exuberante morena, embutida en un traje negro, cerrado hasta el cuello.

—Soy el reverendo Pask. Deseo hablar con la señora Newman.

—No está —replicó la joven, mirándole con los ojos entornados—. ¿Es usted amigo suyo?

—Sí. De Luisiana. Nos conocimos allí. ¡Qué desgracia la del pobre Paul! Deseo darle el pésame...

—Repito que no está. Soy su amiga Ruth Perkins. Compartimos la casa.

—Entonces, señora Perkins, le ruego que me permita charlar unos minutos con usted. No puedo esperar a Patricia.

Ella se apartó a un lado. El reverendo entró en un amplio gabinete y se quedó mirando a la joven.

—Bien. ¿Qué tiene que decirme? —preguntó ella, inquieta.

—Ante todo, qué tu voz es maravillosa. No he podido olvidarla.

VII

ELLA palideció. Sus labios temblaron al preguntar:

—¿Quién...? ¿Quién es usted...?

—Gedeon Paskiewitz Fabrici. Ged, para todo el mundo. Anoche sabías mi nombre. Y eres un as con las pistolas ametralladoras.

Ged se quitó la dentadura y las gafas, dejó aquellos objetos sobre la mesita, junto al breviario y el paquete, y la contempló sonriente.

—Bien, bien... Ha sido un encuentro realmente inesperado. Siéntate, monada. Tenemos que hablar un poco. Me llevaste a un gabinete para decirme algo. ¿Qué era, encanto?

Ella lanzó una rápida mirada al teléfono y se humedeció los labios con una lengüecita ágil.

—No mires al teléfono, porque no vas a tener la menor posibilidad de usarlo. Ni de gritar, cariño, aunque te voy a dar motivos para lanzar alaridos, si no me cuentas unas cuantas cosas.

Ged la cogió por la muñeca y la obligó a sentarse junto a él, en el sofá. Ruth le miraba francamente asustada.

—Vamos, pequeña. ¿Dónde ha ido Pat?

—¡Ya le he dicho que no lo sé!

—Bien. Luego me lo dirás. Primero buscaré un poquito yo.

La sujetó firmemente y la miró, sonriente, a los ojos. De un tirón, le puso en pie, y le dio un golpe en la barbilla. Luego, la tendió sobre el sofá, la ató de pies y manos y, con el cordón de un visillo, la amordazó.

En seguida comenzó a recorrer la casa.

En un dormitorio de la planta superior, atada y amordazada, estaba Patricia Newman. Miró a Ged con ojos suplicantes. Él se acercó y le quitó la mordaza.

—¡Qué preciosa rubia eres, Pat! —exclamó, admirándola—. ¿Por

qué has sido mala, eh, cariño?

—¡Ged! ¡Por favor, Ged, sáqueme de aquí! ¡Quieren matarme! ¡Lo sé! No pueden permitir que yo siga viviendo. Mi plan era perfecto y se me adelantaron. Ahora quieren que desaparezca, como Paul, como Florence... ¿No lo comprende, Ged?

—Resulta un poquito confuso. Vamos a ver. Razonemos... Primero desapareció Florence... Salió de su casa y... Bueno. Esto me lo dirás tú. ¿Salió de su casa?

—¡Oiga, Ged! Por favor, suélteme y salgamos de aquí. Ayúdeme y yo le ayudaré. No perdamos tiempo.

—Primero tengo que comprender, nena.

—¡Ged! ¿Dónde está el coche que usted alquiló?

—¡Vaya! ¿También tú? Es un automóvil muy poco interesante... Un modelo pasado de moda. Te aseguro que... ¿Por qué te preocupa?

—¡Silencio, Pat! Ya has hablado bastante.

Las palabras de Ruth sonaron secas como latigazos. Ged se volvió hacia la puerta. En ella estaba la joven y empuñaba una pistola. Detrás de aquella encantadora figura femenina, había dos hombres que miraban a Ged fijamente, con los pulgares apoyados en los bolsillos de los pantalones.

Ged sonrió, agitando una mano.

—¡Hola, muchachos! Mirad lo que acabo de encontrar en este dormitorio.

Ellos permanecieron impasibles. En sus ojos se advertía claramente que no tenían sentido del humor ni de la piedad.

—No se mueva, amigo —dijo uno de ellos—. Quédese tranquilo. Con usted no va nada, pero lo sentiría si desobedeciese.

Ged estaba delante de la cama. Ruth dijo fríamente:

—Apártese, Ged.

—No quiero, nena.

Uno de los hombres llevó la mano al interior de la chaqueta y la sacó armada con una pistola. El otro se acercó a Ged y le empujó violentamente.

—¡La señorita ha dicho que te apartes!

El joven pensaba con rapidez. Pero nada era posible hacer. Ruth apuntó con firme pulso a Patricia Newman.

—¡Ged! ¡Sálveme, Ged! —gritó, espantada, la rubia—. Le

prometo que...

Sonó un disparo y su voz se apagó. Impasible, Ruth disparó dos veces más. Patricia quedó inmóvil. Había un agujerito en su frente, otro en su garganta y una manchita roja en su blusa blanca. Ruth se volvió hacia Ged:

—Lo siento, Ged. Nuestros planes contigo eran otros. Pero ya no, puedes continuar siendo un sospechoso vivo.

—¡Un momento, cariño! —exclamó él, avanzando hacia ella, con aspecto inofensivo—. Tengo una última voluntad. ¿Por qué no me envías al otro barrio después de explicarme un poco todo este embrollo?

—Vuelvo a sentirlo, Ged. No hay tiempo para explicaciones.

—¡Oh, nena! ¿No me das un beso de despedida?

Fue tan rápido que Ruth no pudo retroceder. Se encontró abrazada por Ged, con el brazo de la pistola retorcido a su espalda. Ged miró, sonriente, a los dos hombres, que se habían acercado, pistola en mano. Sin soltar el abrazo de Ruth, dijo:

—¡Muchachos! ¡Qué delicioso es el abrazo de una bella, antes de morir...!

—¡Suéltame, estúpido! —exclamé ella.

—¿Has oído? —dijo uno de los hombres—. Suéltala.

—¡Disparad! —replicó Ged, cómicamente melodramático—. Quiero morir abrazado a mi amada.

Las manos del joven, a la espalda de Ruth, desprendieron la pistola de los dedos femeninos, en un violento e inesperado tirón. Y giró sobre sí mismo, poniendo como escudo el cuerpo de la mujer...

Disparó. Uno de los hombres se dobló, llevándose las manos al estómago. El otro saltó al otro lado de la cama, seguido por dos disparos más de Ged. Dos disparos desafortunados.

—Se acabó el cargador —dijo Ruth—. Sólo había seis cartuchos. Ríndete, Ged.

—Bueno —replicó Ged, tirando al suelo la pistola—. Puede venir a cogerme.

Ocultaba la mano derecha tras el cuerpo de Ruth, empuñando ahora el arma que les había quitado a los asaltantes de la noche anterior.

El hombre oculto al otro lado de la cama, se puso en pie.

—Suéltela, Ged. Vamos, suelte a la chica.

—No quiero. Me gusta.

Asomó la mano y apretó el gatillo. Inútilmente. La pistola estaba sin montar.

—¡Malditos novatos! —Gruñó Ged—. ¡Hola, muchacho! ¿Vienes a la fiesta? ¿Otro invitado de... quién? ¿De Gay?

Aquel saludo iba dirigido a otro individuo que acababa de entrar. El que ya estaba antes, dijo, guardando la pistola:

—Vamos a cogerlo, Ted. Está desarmado.

Avanzaron hacia el joven. Ged levantó a Ruth por encima de su cabeza y la lanzó contra Ted. Luego saltó hacia el otro y le disparó un puñetazo en el estómago. Cogió una silla y, girándola en molinete, la aplastó contra Ted, que se había librado de Ruth. La joven cayó sobre Ged, clavándole las uñas en la cara. El alzó una rodilla, que golpeó a Ruth, haciéndola gritar de dolor. Se lanzó horizontal contra uno de los hombres y su cabeza chocó contra los riñones, mientras se oía un disparo y una bala le pasaba por encima.

Cayó junto a los pies del que había disparado. Tiró de aquellos tobillos y el hombre se derrumbó de espaldas, disparando de nuevo, hacia el techo. Ged se enderezó como un resorte y voló hacia la puerta, que cerró al salir, dando con ella de plano en la cara del que le perseguía.

No llegó hasta la salida de la casa. Cuando pasó junto a una vidriera, salió por él, sin abrirla. Luego, siguió corriendo, sacudiéndose los cristalitos.

Pero no se alejó mucho. En un ángulo del jardín, junto a la verja, por si se veía obligado a saltar, se escondió entre unos arbustos, mirando a la puerta principal. Uno de los hombres salió al porche, detúvose, miró alrededor y regresó al interior de la casa.

Ged esperó pacientemente. El sol, cuyo disco tocaba ya el horizonte, desapareció por completo antes de que Ged se decidiera a salir de su escondite. Parecía imposible que Ruth y los dos hombres continuaran allí dentro, con los cadáveres, expuestos a que el joven hubiese llamado a la policía.

Se acercó cautelosamente y miró al interior. Fuera de la casa era ya casi de noche. En el interior no había luces encendidas. No se oía un solo ruido. Ged se maldijo por no haber pensado en vigilar la puerta trasera, que indudablemente habría. Bien. De todos modos,

¿cómo vigilar las dos?

Entró por el ventanal roto. Pronto pudo convencerse de que estaba solo. Y, poco después, de que no lo estaba exactamente. En el dormitorio de arriba, seguía tendido en el suelo el cadáver del hombre que había recibido el disparo de Ged. Pero había desaparecido el cuerpo de Patricia Newman.

No se entretuvo más. Bajó al gabinete y marcó el número de Robert Cummings.

—¡Ged! ¡Por fin! —exclamó el abogado—. Aquí está Corinne, muy alarmada. ¿Dónde se ha metido usted? Este asunto me tiene muy preocupado. Insisto en que debe presentarse a la policía...

—Sí, sí. Luego. Que se ponga Corinne.

En seguida se oyó la voz de la joven. Asustada.

—¡Hola, cariño! Tengo noticias importantes para ti. ¿Dónde has estado?

—Con unas nenas. Voy a recogerte, preciosa.

—¡No! —replicó secamente Corinne.

—¿Te espero abajo, entonces?

—No, no. De ningún modo. Ya te lo explicaré...

Ged pensó un momento.

—Creo que comprendo —dijo—. Bien. Sal de ahí. Cuando estés segura de que no te siguen, toma un taxi. Te espero en el callejón de anoche.

—Sí, Ged. Hasta mañana, entonces. No hagas locuras.

Ged sonrió. Colgó y llamó a Mortimer.

—Esto va bien, jefe. Acaban de matar a Patricia Newman, pero no sé dónde han metido el cadáver. En cambio tengo aquí otro que les puede interesar, aunque no sé quién es. Estoy en casa de Patricia, pero me voy. Ya le seguiré dando boletines de noticias. Hasta pronto, Mortimer.

Salió corriendo de la casa, después de recuperar la dentadura postiza, las gafas y el breviario. EL paquete estaba en el coche. Un momento después, el reverendo Pask se instalaba al volante del Buick.

De acuerdo con lo convenido, Corinne esperaba en el callejón. Cuando vio detenerse el coche, se acercó de prisa y se detuvo, desconcertada, al encontrarse con un desconocido al volante.

—Perdón... —balbuceó—. Yo creí...

—Has creído bien, cariño. Sube y no te preocupes por estos dientes tan feos.

—¡Ged! —rió ella—. ¡Eres el diablo!

—Todo lo contrario, nena. Ya ves que he decidido cambiar de vida.

Ella se instaló a su lado. Él puso en marcha el coche y lo condujo, despacio, por calles de poco tráfico.

—¿Quién te ha hecho esos arañosos?

—Una chica encantadora. He de buscarla, porque su recuerdo me vuelve loco. Andando, cariño. Cuéntame tu vida.

—Te gustará. Después de haberte llamado por teléfono, he ido a Gates' Manor.

Me he convertido en periodista. Todo está como quedó después de la fiesta de anoche. No había cena preparada. Ni cocineros. Sólo las botellas vacías que consumisteis y varias cajas de otras distintas, sin descorchar aún. Allí seguían las copas, los vasos y las vajillas. Tenían impreso el nombre del establecimiento: el «Seas Restaurante».

—Vamos allá. Nos dirán...

—No hace faltó. Desde

Gates' Manor

he telefoneado al «Seas Restaurante», un establecimiento de poca monta. Me he fingido secretaria del señor Mortimer. Se han tragado la bola y he podido saber cosas interesantes. Recibieron por teléfono el encargo de proporcionar vajilla y camareros a una fiesta que se iba a dar en

Gates' Manor.

Les dijeron que las bebidas y la cena estarían en la casa.

—¿Quién se lo dijo?

—Una mujer que dio el nombre de Florence Gates. Llevaron todo el servicio en un camión, a las seis. Había ya en la casa dos mujeres enmascaradas, vestidas con miriñaques y unos criados con trajes antiguos. Una de las mujeres les indicó que pusieran las vajillas en aquellas mesas alargadas y...

—Un momento. ¿De dónde salieron aquellos criados?

—De una agencia. Tampoco saben nada de nada. Fueron ya vestidos, desde la agencia, con unos trajes que alguien había enviado allí. Llegaron a

Gates' Manor

a las seis menos cuarto, y recibieron órdenes de las dos mujeres enmascaradas.

—¿No les resultó extraño?

—Sabían que se trataba de una fiesta de disfraces. Pero aún falta lo más importante, respecto a los camareros. En cuanto empezaron a llegar los invitados, recibieron órdenes, también de una máscara, de que empezaran a servir botellas, sin tocar las cajas de aquellas bebidas especiales, hasta que se les indicase. ¿Qué te parece?

—Confuso. Y a ti, señorita genial, ¿qué te parece?

—Mira, Ged. Ésas chicas que te arañan no te dejan libre el cerebro para usarlo con normalidad. Escucha: Con las bebidas que había dispuestas, no os hubierais alegrado mucho. He podido calcularlo. Tampoco había cena. Ni un emparedado. El mobiliario y el decorado estaban ya en la casa cuando se alquiló...

—¿Cómo? ¿No la había comprado Florence Gates?

—La alquiló, pagando solo un mes anticipado. Cummings y yo hemos hecho algunas averiguaciones por teléfono, mientras te esperábamos. En resumen. Esa maravillosa fiesta no iba a costar más que el mes de alquiler de casa, unos cuantos disfraces de guardarropía para criados y músicos, unas cuantas cajas de botellas, unos farolillos de colores y alguna cosa sin importancia. Ni camareros, ni músicos, ni criados han cobrado aún...

—No Ged... —suspiró él—. Pero ¿qué demonios pensaba ofrecer a tantos invitados?

—¿No te extrañan esas botellas reservadas, sin descorchar?

Corinne abrió un enorme bolso y sacó una botella de vino aperitivo francés. Estaba llena, intacta, con el tapón embutido y cubierto con una etiqueta de lámina metálica. La joven señaló un diminuto agujerito en la parte posterior de la etiqueta, con el aspecto de haber sido hecho por una aguja gruesa.

—A mí sí me ha extrañado, después de mi charla telefónica con el «Seas Restaurante». Las he examinado. Todas tienen esos agujeritos.

—¿Y eso qué significa?

—Que alguien, con una jeringuilla hipodérmica, ha retirado un poquito de vino, sustituyéndolo por un veneno o un soporífero.

Ged paró el coche y sacudió la cabeza.

—¡Demonio, encanto! ¿Es que pensaban envenenar a los invitados?

—El atraco estaba planeado de antemano. ¡Un brindis por la dueña de la casa, antes de servir la cena! Como estamos en un país democrático, ¡que beban también los músicos, los criados, los chóferes, los camareros, Gedeon Paskiewitz...!

—¡Ged, nena! Ya lo veo claro Todos beben y todos mueren... Menos los atracadores, claro. Luego, a robar con tranquilidad...

—Quizá sólo pretendían que durmierais. Es fácil de averiguarlo. Destapa la botella y bebes un traguito...

—¿Cómo? Soy el reverendo Pask. Los reverendos no pueden empujar una botella en medio de la calle. Pero no lo entiendo. Si el atraco estaba preparado así, ¿por qué cambiaron los planes?

—Uno lo preparó con el narcótico. Y otro se adelantó y lo terminó con ametralladoras. ¿Sabía este «Otro» lo que intentaba «Uno»? ¿Era «Uno» Florence Gates? ¿Quién era «Otro»? ¡Ah! Que lo averigüe Ged.

—Claro que lo haré, nena. Dime ahora por qué no has querido que nos reuniéramos en casa de Cummings ni en los alrededores.

—Peligro, Ged. Individuos con aspecto de policías cerca del portal. Y un par de clientes muy sospechosos en el despacho.

—¿No te ha dicho nada Cummings?

—No, pero estaba muy nervioso.

—Extraño... Muy extraño... —murmuró Ged, pensativo. Y reaccionando, añadió—: Bien. Salgamos del centro de la ciudad. Busquemos un lugar oscuro, donde pueda cambiarme de ropa. Seré otra vez Gedeon. Usaré mis métodos, pero sin disfraces.

—¿Dónde tienes tu ropa?

—Ahí detrás, en el asiento posterior. En un paquete. Cógelo y ve desatándolo por el camino.

Corinne se inclinó hacia el departamento posterior. Ged oprimió el botón de arranque... Pero quitó de nuevo el contacto al ver que Corinne volvió a sentarse apoyándole una mano en el brazo. Estaba pálida.

—¿Qué te ocurre, cariño?

Ella señaló hacia atrás, por encima del hombro, con un pulgar.

—Míralo tú mismo, Ged. Ahí, en el suelo.

Ged miró. Se llevó las manos a la cabeza y se mesó los cabellos.

En el suelo, entre el asiento posterior y el respaldo delantero, encogida, inmóvil, estaba Patricia Newman. Muerta, claro. Con sus tres agujeras de bala.

VIII

—**A**NTE todo, nos quitaremos esa pasajera. Si la Policía nos localiza el coche, quiero que lo vean completamente limpio.

Puso, en marcha el Buick y se dirigió a un barrio apartado. Allí, en una calle poco iluminada, había un puesto de Policía. Ged detuvo el automóvil a unos pasos de la entrada, se apeó y dijo a Corinne:

—Ponte al volante, cariño. Preparada para salir como una bala, en cuanto yo regrese.

El policía uniformado que había en la puerta se alarmó al ver que el reverendo Pask se acercaba con una mujer en sus brazos.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Un accidente. Ayúdeme, por favor, ayúdeme —repuso Ged.

Entró con su carga, seguido del policía. Dentro le salieron al paso un sargento y otros dos agentes. Ged dejó el cadáver sobre un banco y dijo muy serio:

—Atiéndanla pronto. Está grave. Hay otro más. Un niño. Voy por él.

Mientras ellos se inclinaban sobre el cuerpo de Patricia, Ged salió, sin darles tiempo a replicar. En dos saltos llegó al Buick y se precipitó dentro, ordenando:

—¡Dispáranos, cariño! Antes de que se asomen.

El Buick saltó hacia delante y dobló una esquina sobre dos ruedas. Estaban ya muy lejos cuando se oyó la primera sirena policíaca.

—¡Salvados! —exclamó Ged—. Coge una carretera de circunvalación y pisa fuerte. Vámonos a otro barrio. ¡Estoy harto de que me hagan este juego tan sucio! ¿Qué se han creído? ¡Ahora verán quién soy yo!

Diez minutos después, Corinne detuvo el coche en plena oscuridad, junto a una cuneta, en un trozo de carretera que atravesaba un espeso arbolado.

—¿Qué hay, pequeña? —preguntó Ged—. ¿Por qué paras?

—Se acabó la gasolina, Ged. ¿Habías creído que este chisme tiene un reactor atómico?

—¡Uf! Eso faltaba —suspiró él, apeándose—. Tendrás que llevarme en brazos. No me gusta caminar.

Ella salió del coche, mientras él tiraba furioso la dentadura postiza y las gafas al otro lado de la carretera.

—¿No hay un bidón de repuesto? —preguntó Corinne.

—Creo que no —dijo el joven—. Miraré en el portamaletas.

Ella se quedó junto a los faros encendidos. Oyó a Ged abrir el portaequipajes en la parte de atrás del coche, oyó el rascar de un fósforo y oyó una exclamación. Ged regresó despacio junto a la joven.

—¿No hay gasolina? —preguntó Corinne.

—Anda, nena. Ve y míralo tú misma —repuso él, dándole la caja de cerillas—. Anda mujer. Conviene que te acostumbres.

Ella dudó, desconcertada. Tomó al fin la cajita y se alejó. Un momento después regresaba tambaleándose, con paso vacilante, mortalmente pálida. Ged la recibió en sus brazos, donde Corinne se quedó flácida, como una muñeca de trapo. El joven le palmoteo las mejillas.

—Vamos, pequeña. Valor... Ya ves que estas cosas nos ocurren a menudo...

De repente se dio cuenta de que se acercaban un par de motocicletas, en dirección contraria a la que había seguido el Buick. Era demasiado tarde para huir, más aun teniendo a Corinne desmayada. Las motocicletas se detuvieron junto al motor del coche. Dos policías motorizados se enfrentaron con la pareja.

—¿Qué sucede, reverendo? —pregusté uno—. ¿Podemos ayudarle?

—Sí, agente —replicó Ged—. Hagan el favor de mirar lo que hay en el portaequipajes y lo comprenderán todo.

Los policías le observaron con suspicacia un momento y luego fueron hacia la parte trasera del Buick. Los haces luminosos de sus linternas eléctricas les mostraron el contenido del maletero. Era una

mujer, vestida con un traje que hubiera podido pertenecer a María Walewska. Estaba encogida, embutida en aquel estrecho hueco, con los ojos muy abiertos, una mueca de terror en el rostro blanco... y un profundo tajo en el cuello.

Los dos motoristas quedaron inmóviles, horrorizados. Tardaron en reaccionar. Cuando lo hicieron, ambos tuvieron el mismo pensamiento. Pero era demasiado tarde. El reverendo y la joven habían desaparecido.

—No puedo más, cariño —dijo Ged—. Pesas de un modo horrible. Los tacones te impiden andar. Sin zapatos te duelen los pies. Mis brazos están rendidos. Sentémonos un poquito. Hemos caminado tres o cuatro mil millas...

—Un pequeño, esfuerzo, Ged. Hasta esos edificios. Es un barrio extremo y estará pavimentado. Te pagaré con un beso.

—Besos... Besos... Todas las chicas me besan sin obligarme a llevarlas en brazos tres o cuatro kilómetros.

—Yo no, Ged... Soy distinta. Voy a casarme contigo...

Llegaron hasta los edificios. Ged dejó a la joven en el suelo de asfalto. Había una cabina de teléfonos a la vista y Ged se dirigió a ella, mientras Corinne se ponía los zapatos.

Su llamada sacó de la cama a Mortimer, que, sorprendentemente, no estaba enfadado. El joven explicó con la concisión de siempre:

—Oiga, jefe. Ged dando noticias. He dejado el cadáver de Pat Newman en el puesto de Policía de Puerto Nat. Y dos motoristas se han quedado con mi coche. En el maletero había un cadáver de mujer. Supongo que es el de Florence Gates. ¿Por eso tenía tanto interés en mi Buick?

—Sí, Ged —replicó Mortimer sin alterarse—. Un anónimo telefónico me dijo que era un coche sorpresa.

—Pues aguarde y no se duerma. Antes de amanecer tendrá sorpresas definitivas.

Colgó. Corinne y él continuaron caminando, cogidos del brazo.

Llegaron a una parada de taxis y tomaron uno. Ged seguía llevando el traje de pastor, pero sin disimular su cara. Dio al conductor la dirección de Florent Gates.

—¿Qué haremos allí? —preguntó Corinne.

Dejaron el taxi a la entrada del jardín, pero no lo despidieron. La

verja estaba cerrada. Ged oprimió el botón de un timbre.

La puerta de la casa se abrió. La anciana sirvienta caminó hasta la verja y preguntó con voz chillona; acercando el oído a los barrotes:

—¿Qué desean?

—Traemos un encargo de la señora Gates. Está en un hospital. ¿No podemos pasar?

La mujer abrió y los tres fueron hasta el interior de la casa. En el mismo gabinete donde Ged había estado esperando la tarde anterior, el joven, sin sentarse, se enfrentó con la sirvienta.

—Escuche. Me recuerda usted, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Ayer estuve aquí, aguardando que su señora terminara de vestirse —dijo él, acercando su rostro al oído de la mujer. Pero la señora Gates no estaba ya en casa. Y usted lo sabía.

—¿Yo? No, señor. Yo no sé nada. ¿Qué le ha ocurrido a mi señora?

Corinne fue a colocarse a la espalda de la mujer, separada unos pasos. Ged continuó:

—No se haga la tonta. Cuénteme lo que ocurrió antes de que yo viniera. Sin mentiras, ¿eh? —dijo Ged, amenazador.

—Nada, señor. La señora dijo que iba a vestirse y que cuando llegara un joven preguntando por ella le pasase a la salita.

—¿A qué hora se lo dijo?

—No lo sé. Quizá cuarenta minutos antes de venir usted.

—¿Disparo ya, Ged? Un balazo en la cabeza terminará con sus mentiras —dijo Corinne, en voz más bien baja.

La anciana palideció, contuvo una exclamación de terror y se volvió hacia Corinne.

—¡No, por favor! Yo no sé nada. Les digo que no sé nada.

Ged la cogió por los cabellos, levantándola casi en el aire. La anciana sollozó aterrada.

—¡Pero sí tienes un buen oído! ¡Vamos! ¡Suelta un discursito! ¿Quién vino aquí antes que yo?

—Pero si no sé nada... Absolutamente nada. Yo me fui a la cocina después de que la señora subió a vestirse. Esa ventana estaba abierta. Oí ruido aquí, en el gabinete, y vine a ver qué ocurría. Me encontré con un hombre y me asusté. Entonces, la señora apareció

en la puerta. Se puso muy pálida. Creí que iba a desmayarse. Exclamo: «¿Tú? ¡Oh, no! Es imposible...». Luego me ordenó que me marchara de prisa. Regresé temblando a la cocina. Más tarde, el hombre vino allí. Me apuntó con una pistola y me dijo: «¿Qué prefieres: dos mil dólares o un balazo en la cabeza?».

—Usted prefirió los dos mil dólares, claro. ¿Qué tenía que hacer para ganarlos?

—No contar aquel accidente y fingirme sorda para asegurar que no había oído nada.

—¿Cómo era el hombre?

—Muy alto. Más que usted. Delgado. Moreno.

Ged la cogió de un brazo.

—Te voy a demostrar que mientes —replicó Ged, disparando al azar—. Ese hombre era un poco más bajo y más grueso que yo, tiene el pelo rubio, bigote, cuarenta años y se hace llamar Henry Castle... Tiene una pequeña cicatriz...

Comprendió en seguida que su aventurada descripción era la verdadera. El miedo y la sorpresa brotaron como chispas en las pupilas de la mujer. Y su palidez aumentó.

—¿Ves cómo has mentido? Yo tengo a ese hombre y ha confesado su crimen.

—¿Qué crimen, señor? Yo no sé nada de crímenes. Sólo he mentido en la descripción del hombre, porque tengo miedo de sus amenazas, pero lo demás es tal como lo he contado.

—Está bien. Lo demás no me importa. Vigílala, nena.

La mujer estaba inmovilizada por el terror. Corinne se plantó ante ella y fijó las pupilas en su rostro. Ged arrancó los cordones de unos visillos y ató concienzudamente a la anciana. Le puso una mordaza y se la cargó al hombro.

—Sígueme, Corinne. Vamos a guardarla.

Fueron a la cocina. Ged metió a la mujer en una carbonera y dijo a Corinne, en voz baja:

—Tú quédate aquí, cariño. Sal por la puertecita trasera y vigila el interior, mirando por la ventana. Volveré pronto. Pero no aparezcas mientras no te llame. Necesito alguien que permanezca entre bastidores, por si acaso.

—¿Qué harás tú ahora, Ged?

—Tengo una cita con un bombón. ¡Ah! Dame las llaves de tu

coche y dime dónde lo tienes. A la chica que me espera no le gustan los taxis.

—Lo dejé aparcado cerca de la casa de Cummings. Toma las llaves y no vuelvas muy tarde, cariño. Procura que no te arañen más.

Ged la besó rápidamente y atravesó la planta baja, hasta salir por la puerta principal. Volvió al taxi y le dio la dirección del edificio donde vivía el abogado.

Unos minutos después había despedido el taxi y conducía el pequeño Ford hacia el domicilio de Gay Sheridam. Quiso atravesar rápidamente el vestíbulo. Ya no estaba el hombre con aspecto de policía y el conserje era otro.

El conserje le vio con el traje negro y la tirilla. Recordó algo que le había dicho su antecesor en la portería y exclamó en voz alta:

—¿Es usted el reverendo Pask? Todavía no han traído su equipaje.

—Ya vendrá, ya vendrá —repuso Ged, agitando amistosamente una mano.

Y entró de prisa en el ascensor. Primero se dirigió a la puerta de Henry Castle y llamó varias veces, sin obtener respuesta. Luego fue al apartamento de Gay.

—¿Quién es? —preguntó ella desde dentro.

—Soy Ged, cariño. Vengo a tomar el té. ¿Recuerdas?

—Vuelve mañana, Ged. Es muy tarde y una chica como yo no debe recibir visitas por la noche.

—Tengo noticias, Gay. Abre. Es algo importante. Hemos encontrado el cadáver de Florence.

Esto último lo dijo pegando la boca a la puerta, en voz muy baja. Gay abrió lo justo para que él entrase.

Pasa, Ged.

Entró el joven. En los ojos de Gay había temor, aunque su rostro intentaba mostrarse impasible.

—¿Dónde lo has encontrado?

—Ahora te lo diré. Tienes que saber también que han matado a Patricia Newman.

No hubo sorpresa en Gay. Pero sí aumentó su expresión de miedo.

—¡Patricia Newman..., también! —exclamó en un susurro—.

¡Dios mío, Ged! ¿Por qué? ¿Por qué?

—Mira, encanto. He visto gente que ha matado por unos dólares. Lo que anoche se llevaron de

Gates' Manor

puede que valga millones. Así que siete cadáveres no son muchos.

—¿Siete? ¿Siete cadáveres?

—Claro, paloma... Newman, Pat, Florence, y cuatro invitados que protestaron un poco. Añade otro tipo que me he cargado yo, y van ocho. Aún podemos añadir alguno más, con un poco de suerte.

—¿Alguno más? ¿Cuál?

—El tuyo, nena. El tuyo, por ejemplo.

IX

GED lo había dicho sonriendo, pero en un tono que hizo hormiguear las raíces de los hermosos cabellos rojos de Gay. Palideció ella un poco y forzó una sonrisa.

—¿El mío? ¿Por qué, Ged, cariño?

—Newman, Pat y Florence han muerto por saber demasiado. Repasa tu conciencia y mira a ver si sabes algo peligroso para otros. De eso depende el éxito de tu candidatura para cadáver.

—Pero yo no sé nada, Ged. Nada, te lo aseguro, nada.

—Está bien. ¿Crees que vendrá por aquí ese amiguito tuyo?

—No tengo ningún amigo. Nadie ha de venir...

—Entonces, olvidemos a los muertos y recordemos que vivimos. ¡La noche es nuestra! ¡Qué tal andas de «*whisky*»!

Ella, aliviada por hallar un escape para sus nervios, corrió a un armario y lo abrió mostrando el interior.

—¡Todo el que quieras! ¡Y coñac! ¡Y Pernod y ginebra y...! — Bajo la voz, sonrió y añadió en un tono íntimo y sugerente—. También tengo té..., sin necesidad de abandonarte para ir a pedirlo...

Ged se dejó caer en el diván, quitándose la chaqueta.

—¡Bravo! Acerca el «*whisky*». Nada de vasos. Trae la botella.

Gay sacó dos botellas diferentes y se sentó junto a él. Ged cogió una y le quitó el tapón.

—Tú primero, cariño. Bebe. Luego yo, para conocer tus secretos.

Obedeció ella. Bebió un buen trago. Sin duda lo necesitaba. Luego, mientras bebía, Gay preguntó:

—¿No vas a contarme lo que has hecho? ¿Por qué llevas esa ropa tan extraña?

—Vengo de un baile de disfraces. No me gustan los disfraces.

Anda, bebe. Déjate de recuerdos dramáticos. Ya te lo contaré todo más tarde.

Ella bebió. Parecía respirar con alivio, como si aquel aspecto de la visita la tranquilizara. Ged empujó la botella y luego chasqueó la lengua.

—¿Sabes, nena? Siempre que me veo en algún apuro es por entretenerme con algún «bombón» de cabellos rojos. Pero tú mereces olvidarlo todo. Toma y bebe. Vamos a bailar.

En el tocadiscos había una grabación de dieciséis. Música para casi una hora. Ged alargó una mano, accionó un mando y empezó a sonar un fox lento. Se puso en pie, bebió de nuevo y aplicó luego el gollete de la botella a los labios de Gay, obligándola a tragar una buena cantidad. Ambos reían.

—¡Ged! ¡Que me voy a emborrachar!

Tiró de una mano de Gay, haciéndola ponerse en pie y la enlazó. Empezaron a bailar. Ella reía. Ged se detuvo, cogió la botella y se la ofreció.

—Sigue animándote. No te preocupes. Tienes muchas botellas. Casi tantas como había en Gates' Manor.

Gay entornó los párpados. Pero Ged reía, poniéndole la botella en la boca. Y ella bebió de nuevo, al menos, para disimular su sobresalto.

Cambió la música. Ahora era un «*rock-and-roll*». Ged la obligó a la danza más disparatada que Gay había bailado jamás. Empezó a sentirse aturdida y le brotaba una risa inmotivada. La hacían reír los gestos del joven, sus detenciones para beber y hacerle beber de nuevo... La pieza siguiente era un «charlestón»... Después, un «mambo». Gay, reía, bailaba, bebía, reía, bailaba, reía...

De repente, Ged se apartó, se sentó y la dejó bailar sola. Extrañada, Gay se detuvo. Ged la miró con los párpados entornados y la expresión más helada que pudo exhibir. Frunció los labios en un gesto de una repugnancia que, de ningún modo, inspiraba la bella Gay Sheridam. Luego, despacio, se puso en pie y paró el tocadiscos. El silencio repentino pareció dramático.

El joven detective se enfrentó con Gay, mirándola torvamente. Ella, con el cerebro nublado por el alcohol, aturdida, desconcertada, retrocedió un paso.

—¿Qué te ocurre, Ged? —preguntó tartamudeando.

—¿Dónde se ha metido Henry Castle? —Disparó.

Gay tardó unos segundos en comprender la pregunta. Luego, mostró una repentina expresión de miedo.

—¡Vamos! —exclamó él en tono seco, avanzando—. ¡Habla! ¡Te pregunto por Henry Castle! ¿Quién es? ¿Dónde está?

Su mano se volvió con rapidez, en ida y vuelta, dejando dos sonoras bofetadas en las mejillas de Gay.

—¡Responde, amor mío! —insistió Ged, sin dulzura—. Responde o te voy a pegar la paliza más fenomenal que has podido imaginar en tu vida.

Y, para mayor convencimiento, añadió una serie de bofetadas que terminó cuando Gay cayó al suelo. Se abalanzó sobre ella y le retorció un brazo a la espalda.

La mujer gemía más de espanto que de dolor. Su alcoholizado cerebro se aterrorizaba. Ged murmuró a su oído.

—Conozco un procedimiento que hace hablar a los mudos. Tu mano, tan bonita como es, la pondré sobre la llama del gas. ¡Vamos a la cocina!

La cogió del brazo, tapándole la boca. Ella se retorció desesperadamente. Ged la soltó, dejándola caer al suelo. Gay quedó bocabajo, con los puños cerrados ante los labios temblorosos, gimiendo:

—¡Ged, canalla; Ged, miserable...! Henry te matará por esto.

—Puede... Pero tú no lo verás. ¿Creías que me ibas a distraer con tus monerías? ¿A mí? ¿A Gedeon Parskiewitz Fabrici? ¡Habla!

Cuando alzaba un pie contra la mujer, ella refugióse contra un sillón, exclamando:

—¡No, Ged...! No... Más no... Te lo contaré todo, todo... Pero yo no hice nada... Yo no, Ged... Ellas lo prepararon todo. Ellas...

—¿Quiénes son ellas?

—Florence y Patricia... Henry quiso aprovecharlo... Y Ruth... Es una víbora... Si yo no les obedecía, Henry se marcharía con Ruth... Pero todo lo han hecho ellos... Te lo juro...

—¿Dónde están?

—No lo sé. Tienen que ir a casa de Florence...

—¿Quién? ¿Cuándo?

—Esta noche... Luego... Dentro de... ¿qué hora es?

—Las once y media.

—Dentro de una hora.

—De acuerdo. Vamos allí. Me contarás la historia por el camino.

Corinne se cansó de contemplar la cocina. La puerta de la carbonera continuaba cerrada. La sirvienta, completamente atemorizada sin duda, no se movía.

Deseaba fumar, un cigarrillo. Retrocedió hasta unos arbustos y buscó un paquete de tabaco en su bolso. Aún estaba en él la botella que había recogido en

Gales' Manor.

¿Qué contendría? ¿Narcótico? ¿Veneno? Encendió el cigarrillo, ocultando entre las ramas la luz del fósforo, y avanzó de nuevo hasta la ventana de la cocina. Todo continuaba igual.

Siguiendo la pared de la casa, dobló una esquina y se detuvo ante una ventana de una fachada lateral. El interior era el gabinete, en donde seguían encendidas las luces. Las demás ventanas continuaban a oscuras.

Corinne siguió paseando por el jardín que rodeaba el edificio, procurando no apartarse de las paredes, evitando que su silueta se destacase para cualquier observador situado fuera de la verja del jardín, y mirando a veces por la ventana de la cocina con objeto de asegurarse de que la carbonera continuaba cerrada.

Mientras tanto, su cerebro trabajaba ordenadamente repasando todos los hechos y buscando explicaciones lógicas para cada uno de ellos. Al cabo de un buen rato, más de una hora, llegó a una serie de conclusiones que le parecieron completamente acertadas. Hubiera querido tener allí a Ged para decirle lo que pensaba. Probablemente el joven estaba corriendo un riesgo inútil. Pensó en buscarle por teléfono pero... ¿a dónde?

Sin embargo, quizá Ged había llegado a las mismas conclusiones que ella. De ser así, pudiera ser que ya estuviera en camino del lugar donde los atracadores tuviesen escondido el botín de Gates' Manor.

Ged era muy capaz de conseguir que aquel Henry Castle se lo dijera, empleando sus especiales métodos persuasivos. Pero también podría suceder que se dejase llevar a una trampa, que indefectiblemente sería su muerte.

En cualquier caso, si Ged se veía apurado y tenía una oportunidad de usar un teléfono, podría marcar el de la casa de la difunta Florence Gates, con la esperanza de que Corinne oyese el timbre de aviso. Así pues, la joven quiso asegurarse de que lo oiría.

Entró en la cocina y se adentró en el edificio hasta el gabinete. Allí abrió la ventana de par en par, y salió por ella de nuevo al jardín. De este modo, aunque continuara vigilando por la ventana de la cocina, desde allí oiría el teléfono en el silencio de la noche.

Pero, antes de alejarse, tuvo otra idea. Si Ged llamaba y el motivo de la llamada era para pedir auxilio, ella sola poco podría hacer. Aunque Corinne pidiese ayuda a la policía, se perderían unos minutos preciosos reuniendo los hombres necesarios. Por eso, decidió tener previsto el caso.

Volvió a entrar por la ventana, tomó la guía telefónica y buscó el número de Mortimer. Luego, marcó. Sin duda Mortimer aguardaba las noticias prometidas por Ged, porque se puso él mismo al aparato.

—Soy Corinne Shutton —dijo ella—. ¿Se acuerda de mí?

—¡Oh, sí! —contestó la voz risueña de Mortimer—. Es la novia de Ged. ¿Me llama para invitarme a la boda?

—No venga con guasitas ahora, señor Mortimer. Le llamo porque Ged y yo tenemos resuelto el caso de Gates' Manor.

—¿Sí? ¿Y por qué no llama él? ¿Qué le pasa? ¿Tiene anginas?

—Está reuniendo los últimos datos, pero vendrá en seguida para reunirse conmigo.

—¿Irá? ¿A dónde?

—De momento no importa eso. Pero, como puede surgir algún incidente peligroso, quiero pedirle que tenga unos cuantos policías preparados para acudir en nuestra ayuda.

—¿No sería mejor que viniesen ustedes y me contaran todo, en vez de ir por ahí coleccionando cadáveres? Su amigo Ged ya me ha enviado tres. Y tendrá que responder muy seriamente por todo esto.

—No dirá usted lo mismo cuando le entreguemos los criminales y las joyas robadas...

—¿Cree que la Policía no es capaz de encontrar eso por sí misma?

—Puede que sí. Pero los métodos de Ged son más rápidos.

Además, lo primero que harían sería encerrarle y darle disgustos hasta que se convencieran de que él es inocente. Para entonces, ¿dónde estarían ya los criminales y las joyas? Por favor, señor Mortimer. ¿Hará lo que le he pedido?

—No haré nada, mientras Ged no se presente a la Policía —concluyó Mortimer secamente—. Lo siento, señorita. Buenas noches.

Se cortó la comunicación. Corinne se mordió los labios con un gesto de ira y murmuró unas cuantas imprecaciones que hubieran sido muy desagradables a los oídos de Mortimer. Luego, saltó por la ventana y volvió a vigilar a la carbonera.

Oyó ruido de pisadas en la grava de la avenida principal. Corinne corrió hasta la esquina de la fachada delantera y vio dos siluetas que se acercaban. Eran Ged y una mujer cuyos rojos cabellos brillaban a la luz de las estrellas.

Por un momento dudó si tendría que abrirles la puerta. Pero advirtió que entraban sin llamar. Indudablemente, Ged la habría dejado entornada al marcharse. Recordó que las últimas instrucciones del joven eran que Corinne no se presentaría a menos que él se lo indicase de algún modo.

Así pues, fue a la ventana correspondiente al gabinete, a tiempo para verles entrar en la habitación. Pero le interesaba más oír lo que decían.

—Siéntate, Gay —ordenó Ged.

La mujer obedeció de mala gana. Ged, en pie, se la quedó mirando.

—¿Quieres un traguito de algo? —preguntó el joven sonriendo.

—¡Al diablo con tus malditos traguitos! —replicó ella furiosa.

—Bien, pelirroja. No te sulfures... Bueno... Supongo que será cierto cuánto me has contado... Si no, empaquetaré tu cadáver en una cortina y se lo enviaré a Mortimer. Creo que se está aficionando a tales regalos.

Miró el reloj y añadió:

—Has dicho a las once y media que Ruth y Henry vendrían aquí al cabo de una hora. Faltan treinta y cinco minutos. Mientras aguardamos, ¿quieres explicarme para qué van a venir?

—Ya he repetido cien veces que yo no tengo nada que ver con el robo ni sé los planes de Henry. Si vienen, supongo que será para

decidir lo que han de hacer con las joyas.

—¿Y qué han de hacer? Vamos, Gay, preciosa. Díselo a tu Ged. No me he creído eso de que tú eres una inocente paloma tonta de amor por tu Henry.

—¡Pues es la verdad! —exclamó Gay furiosa, poniéndose en pie—. ¡Y estoy harta de todo esto! ¡Déjame ya en paz, Ged! ¡Quieroirme! Tengo miedo y quieroirme.

Su ira se convertía en un ataque de histeria. Empezó a ir de un lado a otro, bajo la impasible mirada de Ged, exclamando como enloquecida:

—¡Henry me matará por haberte traído aquí! ¡Déjame marchar! ¡Quieroirme! ¡Estoy harta!

Y, repitiendo aquellas frases, la emprendió con los muebles. Empujó un diván que se volcó ruidosamente. Tiró una vitrina que cayó al suelo con gran estrépito de cristales rotos. Luego estrelló un jarrón...

Ged se lanzó sobre ella y la sujetó, tapándole la boca con una mano.

—Basta, vendaval. No me gustan los histéricos.

Corinne se estremeció. Con objeto de estar más cerca y con más fácil acceso por si Ged la necesitaba, decidió entrar en la casa y situarse en una habitación contigua al gabinete. Así, pues, se apresuró hacia la puerta de servicio. Al pasar por la ventana de la cocina, echó una instintiva mirada al interior.

Quedó paralizada de espanto.

Parte del suelo estaba cubierto por un gran recuadro de plástico. Y en aquel recuadro se formaba una voluminosa joroba que fue aumentando hasta que el plástico se plegó hacia un lado, dejando ver la portezuela de una abertura en el suelo.

¡El sótano! Ni ella ni Ged habían pensado en la existencia del sótano. Y de aquella bodega salió rápidamente un hombre de unos cuarenta años, cabellos rubio oscuro, bigote lleno, un poco más bajo y más grueso que Ged. Detrás de él, una mujer menuda, con un negro vestido. Luego, tres hombres más.

—¿Qué demonios estará haciendo esa vieja? —exclamó en voz baja el primero.

Y se volvió a tiempo para tapar la boca de la mujer a punto de llamar en voz alta.

—No —dijo el hombre rubio—. Nada de gritos. Vamos personalmente a ver qué sucede.

Empuñó la pistola y se adentró hacia el otro lado de la casa, seguido por los demás.

En un par de segundos pasaron varias ideas por el pensamiento de Corinne. El ataque histérico de Gay había sido fingido. La rotura de la vitrina y del jarrón sólo era un medio de alertar a los que había en el sótano. Y ahora Corinne podía hacer una de tres cosas: O gritar previniendo a Ged o salir en busca de un teléfono, o entrar en la casa y participar de la desventajosa lucha que se avecinaba.

Lo primero sería llamar la atención de aquel grupo de asesinos y precipitar quizá la muerte de Ged. Lo segundo sería perder mucho tiempo... Optó por lo tercero. Sólo que era necesario proceder eficientemente.

X

—NO te muevas, Ged. Suéltala y retrocede un par de pasos hacia la pared.

La voz de Henry Castle sorprendió a Ged en plena labor de atar las manos de Gay. Miró de reojo hacia atrás y comprobó que eran cinco pistolas las que le apuntaban. Resignadamente, se volvió despacio y recorrió con la mirada los rostros impasibles. Gay se apartó del campo de tiro.

—Vaya... —suspiró Ged—. Bienvenido, Henry. Me alegro de tu presencia, porque esta mujercita tuya es un manojo de nervios... ¡Caramba...! Cinco pistolas... Todo un piquete de ejecución, ¿eh?

—Eso es lo que para ti significa —replicó Henry.

—No comprendo, amigo mío —sonrió el joven—. Yo creía que vuestro deseo era verme perseguido y cazado por la Policía...

—¡Ya no, Richard! —exclamó Gay—. Sabe demasiado.

—No hace falta que me recomiendes, «bombón» —replicó Ged—. Sin tu ayuda puedo salir bien de mis exámenes para cadáver. ¡Vaya! De modo que ya no te llamas Henry sino Richard. ¿Dónde guardas el tesoro, Alí Babá?

Henry ordenó secamente a Gay.

—Cierra la ventana.

—Sí, Gay. Ciérrala bien, para que se oiga lo menos posible el ruido de los disparos —añadió Ged—. O del disparo. Con uno bastará ¿no? En el pecho, por favor. No me estropeéis la cara.

La ventana estaba ya cerrada. Ged, arrinconado al fondo del gabinete. Gay temblaba junto a la ventana. Los otros cinco personajes, torvos, ceñudos, sombríos, silenciosos, se hallaban en medio del gabinete observando al joven. Ged siguió hablando.

—Ya estamos aquí todos los componentes del drama. Acto

tercero, escena final. Vuestra banda de gangsters tenía seis atracadores y dos ayudantes. Slim Catwell y Jhon Stone duermen tranquilamente en una cárcel. Otro cayó en casa de Pat. Quedáis cinco. Cinco de aquella media docena de «damas» con miriñaque que había en la fiesta de

Gates' Manor.

Yo bailé contigo, Henry. ¿O fue con alguno de esos otros?

—¡Ya basta, Henry! —exclamó Ruth—. ¿No ves que está intentando ganar tiempo?

—¿Tiempo de qué? —replicó Henry, con siniestra sonrisa—. Nadie puede ayudarle.

—En eso te equivocas, Henry —dijo Ged—. Cuento con la ayuda de mi prodigioso cerebro electrónico. Aún no sé lo que habrá pensado, pero será siempre una buena idea. Bien. ¿Y quién será el brazo ejecutor? Ruth, Claro. A ella le gusta disparar, me tiene ojeriza, tira bien y lleva la pistola más pequeña, la menos ruidosa... ¿No, Ruth...?

—Tendré mucho gusto, Ged —dijo entre dientes.

Consultó a Henry con la mirada. Él bajó los párpados en gesto afirmativo. Los cuatro hombres retrocedieron un par de pasos, bajando las manos armadas. Ruth se enfrentó con Ged, alzó despacio la pistola... En sus labios había una sonrisa cruel...

Corinne, en la puerta, detrás de todos, tenía un puntiagudo cuchillo de cocina en la mano izquierda y otros dos en la derecha. Recordó los lanzadores que había visto en los escenarios de donde solía trabajar, y decidió imitarles. Ante ella estaba la silueta femenina, embutida en el negro vestido. Un buen blanco. Sólo que Corinne no sabía lanzar cuchillos.

Pero lo intentó. El pesado cuchillo de cortar filetes salió disparado en dirección a Ruth. No se clavó en la espalda, como Corinne hubiese deseado, pero el mongo chocó contra la nuca de Ruth. A falta de habilidad, Corinne había puesto en el impulso todas sus fuerzas. Se oyó un seco «clop», Ruth se tambaleó y su disparo se incrustó en el suelo. El cuchillo rebotó en el suelo con alegre sonido.

—¡A ellos, Ged! —gritó Corinne animosamente.

Un segundo. Sólo un segundo, las miradas de todos se volvieron hacia la puerta para contemplar con sorpresa aquella mujercita

morena que empuñaba un cuchillo en cada mano. Un segundo que Ged aprovechó eficazmente. Se lanzó hacia adelante. Al mismo tiempo casi que su cabeza chocaba con el vientre de Ruth, derribando definitivamente a la mujer; su mano empuñaba el cuchillo caído.

Uno de los hombres, repuesto de la sorpresa, alzaba el brazo para disparar contra Corinne. Pero Ged sí sabía lanzar puñales. La hoja acerada se clavaba en la espalda del hombre, mientras Corinne saltaba a un lado para esquivar el disparo del otro asesino.

En el tercer segundo, antes de advertir la caída del hombre apuñalado, Henry gritaba:

—¡Cógela, But! ¡Sepamos quién es!

El desconcierto y el desorden fueron aliados de la pareja. Durante el cuarto segundo, But, grueso y torpe, atrapó a Corinne y empezó a forcejear con ella. Ged saltó contra el tercero de los hombres y, de un puñetazo, le lanzó contra Henry.

A partir de aquel momento, la confusa mezcolanza de amigos y enemigos impedía todo proyecto de concluir a tiros la lucha. Henry buscaba un momento apropiado para disparar contra Ged, que estaba enzarzado con su enemigo de turno. But, fanfarrón, había menospreciado a Corinne. Y se encontró con que la joven poseía unos insospechados músculos bien entrenados por el baile. Y aquellos músculos fueron suficiente para que Corinne pudiera libertar un brazo. But lanzó un aullido al sentir la hoja de acero.

Ged consiguió apoderarse de un brazo de su enemigo. Del brazo que aún sostenía la pistola. Y un momento después, Ged alzó en alto al hombre y volvió a lanzarlo contra Henry. Esta vez el impacto fue como el de una piedra disparada por una catapulta. Henry cayó bajo el cuerpo de su compañero. Y Ged no le dio tiempo a levantarse. Saltó contra él y le llovió una serie de bien dirigidos puñetazos.

Cuando Ged paseó la mirada por el campo de batalla sólo vio dos figuras en pie. Gay había reaccionado y luchaba ferozmente con Corinne. Mientras Corinne terminaba de dejar fuera de combate a Gay, Ged se decidió a recoger todas las armas que había esparcidas por el suelo. Las dejó sobre una cómoda y se dispuso a contemplar el final del combate.

Unos timbrazos furiosos se oyeron en la puerta. Y una voz, la de

Mortimer, gritaba desde el porche:

—¡Abran a la Policía!

Ged dijo a Corinne:

—Termina de servir las pastas a esa chica y abre la puerta, nena. Vienen más visitas.

Ged encendió un cigarrillo. Gay, completamente agotada y además desmoralizada por la voz del exterior, abandonó la lucha y corrió a refugiarse en brazos de Ruth, que permanecía inmóvil e impasible.

—¡Abran esta puerta! ¡Abran inmediatamente!

—Ve, cariño —dijo, sonriente, Ged—. Nuestro amigo Mortimer puede impacientarse. Una de las virtudes de la buena ama de casa...

Corinne se fue hacia el vestíbulo. Un momento después regresaba junto al joven. En el umbral apareció la alta y esbelta silueta de James Mortimer. Tras él, más rostros asombrados.

—Pase, Mortimer. Perdone que la casa esté un poco desordenada, jefe. Pero no esperábamos visitas a estas horas.

—Gracias a Dios que hemos llegado a tiempo —exclamó Mortimer—. Estaba vigilado mi teléfono cuando ha llamado Corinne.

—A tiempo de ayudarnos a limpiar —rió Ged—. Mire, jefe. Que se lleven a esos tres tipos. Necesitan médico. Haga que dejen aquí ese hombre rubio y esas dos chicas. En cuanto quede un poco despejada la situación explicaré todo lo sucedido. ¡Ah! En la carbonera encontrarán una pobre anciana desvalida. Sáquela de allí, por favor.

XI

GAY, convenientemente esposada, lo mismo que Ruth y Henry, permanecía sentada con éstos en el sofá. Corinne ocupaba un sillón. Mortimer, otro. Un par de oficiales policíacos estaban sentados en sillas apartadas. Ged, en pie, se había constituido en narrador. Los demás policías registraban minuciosamente la casa, a pesar de que dos de ellos habían estado allí ya la mañana anterior investigando la desaparición de Florence Gates.

Cuando Ged iba a comenzar su discurso entró, pálido y sudoroso, Robert Cummings, a quien habían llamado poco antes. A un gesto del joven, el abogado se sentó en una silla y guardó silencio.

—Todo empezó en Luisiana, cuando la señora Gates y su marido, con su amiga Gay Sheridam, tenían un modesto y ruinoso negocio de compraventa en Monroe.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Cummings.

—Me lo ha dicho Gay, gracias a mis magníficos métodos de convicción.

—El señor Cummings y yo también sabemos muchas cosas —dijo Mortimer, irónico—. Hemos hecho algunas investigaciones, con su permiso. La Policía ha estado actuando en este caso. Espero que no le moleste, señor Paskiewitz...

—¡Oh, no! Y llámeme Ged. Bien. El marido de Florence Gates se enamoró de Gay Sheridam. Y viceversa. Pasaron por Monroe los actores Paul Newman y Patricia ídem. Él era una buena persona, pero ella era una víbora ambiciosa. Como la Gates. Como Gay Sheridam. Se conocieron, hablaron de planes y negocios rápidos. Sabe Dios cómo, surgió un gran proyecto en las mentes de Patricia, Florence, el marido de ésta y Gay. Luego, los Newman volvieron a

San Francisco, después del desgraciado accidente sufrido por el señor Gates. ¿Qué hizo aquí Patricia Newman?

—Preparar el ambiente —dijo Mortimer—, hablando de la viuda señora de Gates a todos sus conocidos. La viuda señora de Gates, rica, joven, hermosa, aquejada por la desgracia y... Conocemos la triste historia que Patricia Newman contaba.

—Ayudada por el inocente Paul Newman, que no veía en ello sino un truco para que su buena amiga Florence se situara en San Francisco. Luego vinieron Florence y Gay. El ambiente estaba hecho. Se gastaron cuánto dinero tenían en alquilar esta casa y la de campo, que llamaron

Gates' Manor,

y en preparar lo indispensable para la fiesta. ¡Ah! Y también había venido, antes que ellas, otro personaje. Richard, el marido de Florence.

—¿Cómo? —exclamó James Mortimer—. ¿No estaba muerto?

—No. Ni lo está, aunque ahora sigue vivo por verdadera casualidad. Ahí le tienen. Se hace llamar Henry Castle. Déjeme que lo explique. Patricia y Florence tenían un proyecto. Richard y Gay el mismo, pero de otro modo y en su propio provecho. Richard se ahogó voluntariamente, vino a San Francisco y empezó a reclutar secuaces. El plan de Pat y Flo era narcotizar a los invitados, quitarles cuanto llevaran y desaparecer. Contaban con Gay como asociada.

—¿Narcotizar? —preguntó Mortimer.

—Trae la botella, cariño.

Corinne fue a la cocina, donde había dejado el bolso, y regresó con la botella y un sacacorchos. Mostró a Mortimer el agujerito en la etiqueta y explicó:

—Hay varias cajas de botellas preparadas como ésta en Gates' Manor.

Ged tomó la botella, la descorchó y se acercó a Ruth.

—Bebe, preciosa —ordenó.

Antes de que pudieran impedirselo, cogió a Ruth por la cabeza y tapándole la nariz la obligó a tragarse una buena cantidad. Los inspectores acudieron a separarles.

—Calma —dijo Ged—. Ya está. No es veneno. Si lo fuera, esta jovencita hubiera empezado a lanzar alaridos. Continuemos. Aquel

plan no exigía muchos ayudantes. Pat, Flo y Gay bastaban para llevarlo a la práctica. Pero un día, Patricia descubrió a Gay con Richard. La convencieron para que no dijese nada a Florence, dada la proximidad del golpe y las desventajas de un escándalo en tales circunstancias. Además, Richard no pedía nada. Ayudaría entre bastidores y luego se marcharía con Gay. Sólo que Richard y Gay lo querían todo para sí.

»Cumming hizo la sugerencia de contratarme. Flo aceptó, por no desairarle y dar más seriedad a la fiesta. Richard había contratado a una diminuta banda de gangsters dirigida por la pequeña y angelical Ruth Perkins. Lo del narcótico podía fallar y Richard lo consideraba una fantasía infantil de las inexpertas, pero decididas, Flo y Pat. Puesto que ya estaba yo en el lío, decidieron utilizarme. Florence estorbaba desde el primer momento. Richard vino, la liquidó arriba y la puso en el maletero de mi coche. Estaba con el cadáver en el jardín y lo instaló mientras yo esperaba en esta sala».

—Eso parece coincidir —dijo un policía que escuchaba en la puerta— con unas manchas de sangre que hay arriba, en un dormitorio. Han intentado limpiarlas, pero no lo suficiente para los especialistas.

—Bien —siguió Ged—. El pobre Paul Newman descubrió la cara de una máscara en el baile. Tuvo la mala fortuna de que fuese la cara de Richard. Paul ya estorbaba, puesto que encontraba desmesurada la presentación social de Florence y era un obstáculo para el futuro proyectado por Patricia. Así que el incidente del baile fue sentencia de muerte para Paul. Nadie podía seguir viviendo después de conocer la existencia de Richard. En un momento, Richard y Patricia planearon su asesinato, contando conmigo. Patricia no sabía que yo llevaba en mi coche el cadáver de su amiga, ni que una tal Ruth intervenía en el asunto. Después, Gay gritó que habían robado las joyas de una tal señora Panters...

—Eso es un misterio —dijo Mortimer—. No había ninguna señora Panters entre los invitados. Gay declaró que una mujer le había dado aquel nombre, manifestando que le habían robado las joyas...

—Claro. Un truco para reunir a todos en el salón grande. La culpa, luego, para los atracadores. En fin. Después del atraco, estorbaba Patricia. La pobre no podía comprender lo que había

pasado con sus planes. Todo estaba cambiado y embrollado. Ruth la tenía presa en su casa para pasarle la goma de borrar al anochecer. Y a mí me tenían en movimiento para hacerme cada vez más sospechoso.

—Sólo que —rió Mortimer— yo no le he hecho perseguir, Ged. Nosotros trabajábamos, pero permitiendo que los asesinos creyeran a la Policía entretenida con Gedeon Paskiewitz.

—Llámeme Ged. ¿Por qué no me lo dijo?

—¡Oh! Mi deber era aconsejarle...

—¡Un diablo con su deber! Bueno. Lo demás se entiende sin explicaciones. No creo que me detengan ahora. Legítima defensa: lo de aquel tipo en casa de Pat y lo de éstos que se han llevado de aquí. Un poco de pupa a esta muñeca pelirroja, pero con resultados inmejorables. Lo siento, Gay, preciosa. Pero no te preocupes. Tú te librarás con unos años de sombra...

Mortimer se levantó, diciendo:

—Usted me prometió entregarme los asesinos y las joyas...

—¡Ah, sí! El tesoro... Bueno... Eso es fácil. Déjeme un ratito a solas con Richard y se lo preguntaré.

—No hace falta —dijo otro policía, entrando e interviniendo—. Están abajo. En el sótano. Esos hombres la habían empezado a clasificar.

—¿En el sótano? —preguntó Mortimer, ceñudo—. ¿No lo habían registrado esta mañana?

—Esa sirvienta sorda nos mostró un sótano. ¿Quién iba a suponer que había dos en la casa?

—Sí —dijo Corinne—. Hay otro y se baja por la cocina.

—Bien, Ged —dijo Mortimer—. El caso está completo. Creo que el

F. B. I.,

debería olvidar aquello del asesinato de Clark Cummings, el hermano de nuestro amigo Robert, aquí presente, y...

—¡Alto, jefe! —cortó Ged—. Este caso no está completo y tampoco tenemos por qué olvidar el de Clark Cummings. Y, por otra parte, yo jamás he dejado de pertenecer al

F. B. I.

Hubo algunas bocas abiertas. Robert Cummings se puso en pie de un salto, más pálido aún que cuando entró.

—¡Ged! —exclamó, asustado—. Entonces ¿por qué buscaba usted mi protección, pidiéndome algún empleo...?

Ged le dio un violento empujón y le hizo sentarse de nuevo.

—¿No lo comprende, amigo? Yo siempre había sospechado que usted había matado a su hermano y se quedó con el dinero de la malversación. Pera no había medio de cazarle. Fingimos que me procesaban y me echaban del

F. B. I.,

para poderme quedar cerca, de usted y continuar investigando, haciéndole confiarse... Y usted fingía ayudarme, pero yo le molestaba. ¿No es cierto? Por eso hizo que me metiera en este asunto, procurando cargarme los muertos, desacreditarme y acabar conmigo de una vez...

—¡Nada de eso es cierto! —chilló Cummings—. No puede probarlo...

—Ahora sí, mi querido gordo. Ahora sí —dijo Ged—. Porque también en el caso del pobre Clark le ayudaron Richard Gates y esa encantadora Ruth con su tropa de asesinos. Me lo ha confesado voluntariamente la bella Gay. ¿Qué, Mortimer? ¿Conseguiremos que declaren Richard y Ruth?

Mortimer se volvió a Cummings, con expresión severa.

—A no ser que —dijo— Cummings prefiera no hacernos perder el tiempo y confiese...

El abogado, a pesar de su gordura, intentó correr hacia la puerta. Pero dos policías le sujetaron.

—Yo he terminado —dijo Ged—. Vámonos, Corinne. ¡Oh! Miren a Ruth.

Ruth Perkins dormía profundamente. El narcótico la impedía pensar en la cámara de gas.

Cogidos del brazo, Ged y Corinne salieron de la casa. En el porche, ella se colgó de su cuello. Creyó él que ella le iba a besar, pero recibió un furioso mordisco en la mejilla.

—¡Oh Corinne! ¿Qué te pasa?

—Ya lo ves. Que muerdo. ¿Por qué no me dijiste que era mentira lo de que te habían echado del

F. B. I.?

—Por favor... Era un secreto...

—¿Secreto para mí? Yo te diré lo que pretendías: retrasar la boda conmigo.

—No, no, cariño. Sólo quería probar tu amor, tu lealtad...

—¿Sí, eh? Pues ya está probado. Mañana es un buen día para matrimonios...

—Claro, nena, claro... Puede que de aquí a mañana no suceda nada que impida nuestra felicidad...

FIN

EDITORIAL R

PRESENT



LA MAS TREPIDANTE COLECCION
DE GUERRA...



Crudas escenas de los diversos campos
de batalla...



HEROES HUMANOS QUE LUCHAN
POR UN IDEAL, EXPONRIENDO SU
VIDA VERTIENDO SU SANGRE...



Toda una diosa epopeya de la guerra,
flejada en esta magnífica
colección se podrá adquirir al precio
de SEIS pesetas

EDIFICIO ESPAÑA - MADRID

